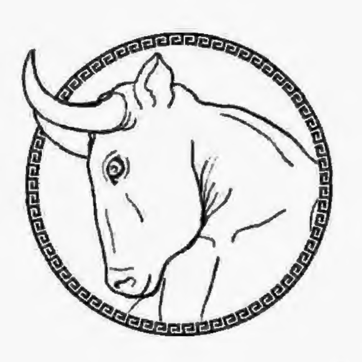
EL LABERINTO DEL
MINOTAURO



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Bàrbara Matas Bellés
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8645-1
Depósito legal: B 11927-2016

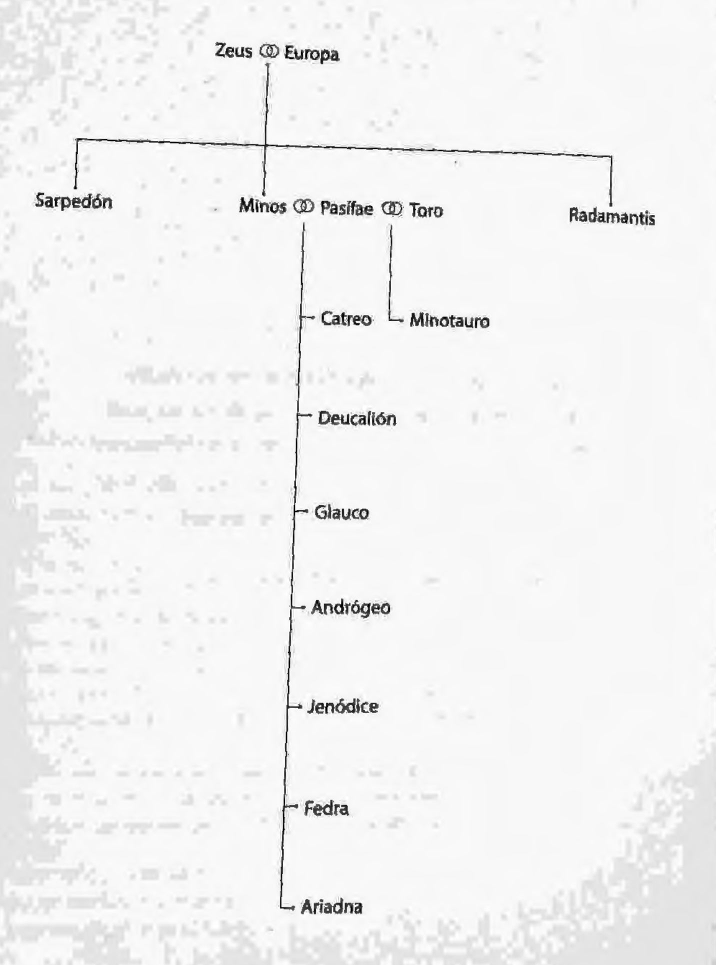
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Dédalo construyó un laberinto con recorridos tortuosos cuya salida era difícil de descubrir para los inexpertos; en este laberinto vivía el Minotauro y allí devoraba a los siete muchachos y a las siete muchachas enviados por Atenas.

Biblioteca histórica, Diodoro Sículo, 4.77.4

Genealogía de Minos y el Minotauro



Dramatis personae

Los cretenses

Europa – princesa de Tiro raptada por Zeus transformado en toro, madre de Minos.

Minos – hijo de Zeus y Europa, rey de Cnosos.

Pasífae – esposa de Minos y madre del Minotauro.

Minotauro – monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro, hijo de Pasífae y del toro del mar.

Ariadna – hija de Minos y Pasífae que ayuda a Teseo a salir del laberinto.

Andrógeo – hermano de Ariadna, muerto por el toro de Maratón.

Los atenienses

Egeo – rey de Atenas.

Teseo – hijo de Egeo que acaba con el Minotauro.

Los inmortales

Zeus – rey de los dioses, padre de Minos.

Poseidón – dios del mar que ayuda a Minos a convertirse en rey de Cnosos.

Atenea – hija de Zeus, protectora de Teseo.

1

Dos toros navegan

Las olas se estrellaban sobre los cantiles del cabo y los rociones llenaban el aire de una humedad blanquecina. En los ojos de Teseo, el rey de Atenas, la sal del mar se mezclaba con la de sus lágrimas mientras su mirada permanecía fija en el movimiento de las aguas, la sinuosa forma de las ondas que, devueltas por la costa, se abrazaban violentamente a las olas que el viento arrojaba sobre ellas. El mar hervía bajo el acantilado con la misma intensidad que sus recuerdos.

En el horizonte, la blancura de la espuma se mezclaba con el azul y la línea del cielo oscilaba, rota con ímpetu por pequeñas crestas que solo permanecían un instante. Intentando imaginar su viaje, Teseo se preguntaba dónde morirían, sobre qué costa descargarían su furia, y, también, dónde estaría su padre, dónde estaría Ariadna.

Como soberano de Atenas, había unido a las pequeñas aldeas diseminadas por el Ática y había conseguido hacer que

sus habitantes se sintieran miembros de una sola ciudad, a la que había dotado de edificios públicos que los representaban a todos; había instituido fiestas, acuñado moneda, organizado la sociedad en diferentes clases. Había conquistado territorios nuevos, había organizado juegos atléticos en el istmo de Corinto, y delimitado las fronteras entre la región del Ática y la del Peloponeso. Y, sin embargo, lejos de sentirse satisfecho, notaba que cada día, cada noche, el dolor lo acompañaba como un parásito adherido a su alma. Entre el estruendo del mar oriental, que ahora llevaba el nombre de su padre, Egeo, y el húmedo telar que tejían a su alrededor las salpicaduras de las olas, Teseo el triunfador se sentía solo, desamparado.

Cerró los ojos, abandonó su cuerpo a la caricia del viento y, sumergiéndose por completo en el océano de su memoria, convocó a los fantasmas que lo habían perseguido durante tanto tiempo, con la esperanza de hacerlos huir para siempre.

Entonces las imágenes aparecieron: un cortejo de figuras se alzó ante él y avanzó como un ejército de sombras. Al frente caminaba una mujer de formas sinuosas, de rostro amable y mirada profunda. Sus pechos, su vientre, sus muslos, se adivinaban entre las ondas que el viento dibujaba en la superficie de su ropa, como si el mar vistiera su cuerpo.

Y Teseo se entregó por completo a la contemplación de su propia vida.

◇◇◇

La primavera había caído ya sobre la ciudad de Tiro. Sus calles estaban repletas de gente que iba o venía del puerto, lleno de navíos procedentes de todas las costas del mundo. Un tumulto de lenguas resonaba en las plazas, las tabernas y los burdeles, como si en aquella ciudad se dieran cita a diario los sonidos de todos los pueblos de la tierra.

En la playa que se abría al lado del palacio del rey Agénor, Europa, su hija, se entretenía con otras jóvenes de su edad. El silencio de aquel lugar contrastaba con el bullicio de la ciudad. La hija del monarca se había sentado sobre la arena y observaba con curiosidad el brillante nácar de las conchas que emergían desde el suelo; a su alrededor, el sonido del mar adormecía la tarde acompasando su tímido ronquido con el lento declinar del sol.

Sus ojos melancólicos y su hermoso rostro contemplaban el horizonte, mientras se preguntaba de dónde vendría toda esa gente que se agolpaba a diario en los muelles del puerto y en las fondas de los callejones. Desde muy niña había soñado con ciudades lejanas, costas ardientes batidas por el oleaje de otros mares; había buscado en cada imagen de sus sueños algún indicio de su destino, alguna fugaz señal que, al despertar, prolongara la magia de sus fantasías. Era una muchacha feliz, la hija de un rey, pero una pesadumbre indescifrable la inundaba con frecuencia.

Sus pensamientos vagaban como hojas mecidas por el viento; sus ojos parecían atrapados por el tránsito de las olas que morían en la playa. De pronto, llamó su atención un movimiento extraño, una pequeña irregularidad en la superficie de las aguas. Protegiéndose los ojos con las manos, intentó mitigar la luz que la cegaba para concentrar sus sentidos en aquel punto que fluía al margen de la corriente. Entonces lo vio.

Al principio era solo una masa centelleante, un enorme caparazón que emergía lentamente de las aguas. Europa lo con-

templaba absorta. Miró a su alrededor, buscando a sus hermanos y a sus compañeras de juegos, pero todos parecían ajenos a la escena. Los llamó a gritos; nadie la oyó. Entonces se volvió de nuevo hacia el mar y presenció algo que la dejó paralizada.

Dos astas rajaban la superficie. La luz del sol poniente se reflejaba sobre las gotas que se desprendían de ellas, como una multitud de pequeñas joyas que revoloteaban a su alrededor. Poco a poco surgió una hermosa testuz blanca, perfecta. Dos ojos enormes, tranquilos, se clavaron en la figura de la muchacha, que permanecía aterrorizada y expectante a la vez. El toro avanzaba hacia la playa, sus pies se movían con facilidad y sus pezuñas no se hundían en la arena. Se encaminaba hacia Europa.

Ella se incorporó e hizo un tímido intento por retroceder. Llamó a sus amigas, pero sin despegar la vista de los ojos del hermoso toro; se sentía atraída, atrapada por esa mirada, no percibía peligro, no sentía ansiedad. Imponente, el animal continuaba decidido hacia ella. Al llegar a su altura, se tumbó, sosegado, y se quedó completamente quieto. Todo su cuerpo transmitía calma.

Europa sintó cómo algo la dominaba; una fuerza irresistible guiaba sus manos, que palpaban al animal: se deslizaban sus dedos sobre el lomo, introduciéndose entre el húmedo y tibio pelaje, notando su calor. Convencida ya de su mansedumbre, se dejó llevar por el deseo de sentir todo ese cuerpo en contacto con el suyo, y se atrevió a deslizar una pierna sobre las poderosas espaldas y a tumbarse encima. Percibía entre sus muslos las vértebras, abrazaba los ijares, dejando caer su cabeza sobre el cuello del animal, los ojos cerrados, envuelta por una cálida sensación que inundaba todo su ser.

Aturdida, no se daba cuenta de que sus amigas agitaban los brazos hacia ella, no oía los gritos que los guardias le lanzaban a lo lejos. Relajaba sus miembros, transportada a otro mundo.

En ese momento se tensó la espalda del toro. Europa abrió los ojos, vio a sus hermanos corriendo hacia ella, oía voces que la reclabaman. Intentaba incorporarse y poner en marcha sus brazos y sus piernas, pero no lo conseguía, como quien en sueños desea moverse, y, sin embargo, una fuerza invencible se lo impide haciendo que su cuerpo parezca de piedra. Así Europa ansiaba recuperar el control de sus miembros y de sus sentidos sin ser capaz de lograrlo.

De repente el toro mugió con fuerza, empezó a escarbar sobre la arena, y sus ojos dejaron de ser los que habían hipnotizado a la muchacha. El griterío cesó, los pasos se detuvieron. La gente congregada en la playa miraba a la bestia surgida del mar con terror en el rostro, como si hubieran percibido la presencia de un dios. Europa advertía su turbación. Seguía intentando descabalgar del lomo del animal, pero no podía separarse de aquella piel, y la angustia se había apoderado ya de ella cuando el toro empezó a moverse: se dirigió hacia la orilla, chapoteó sobre las olas rompientes y, como una nave segura de su rumbo, se internó en el mar.

Europa lanzó una última mirada hacia la costa: las figuras palpitaban sobre la arena como árboles perdidos entre la calima de un desierto. Solo se oía la respiración del toro, el chapoteo de su testuz cortando la superficie del agua. Solo el agua, la soledad, el miedo. La muchacha se aferró a la cornamenta del animal y dejó que las lágrimas filtraran en sus ojos la tímida luz del día que declinaba.



Europa intentó de nuevo descabalgar del lomo del animal, pero ya no pudo separarse de la piel de aquel toro.

El toro irradiaba un calor intenso que calentaba el cuerpo de Europa, rendida ya por completo. Solo percibía la espuma blanca que se deslizaba fugaz sobre los costados de aquella nave de carne, la fosforescente incandescencia que parecía crepitar sobre la superficie iluminada por la luz de la luna.

—¿Quién eres? —acertó a decir—. ¿Qué quieres de mí?

Pero no hubo respuesta. De nuevo, el viento, el agua. Europa relajó su mente, no sabía qué le aguardaba al final de aquella insólita travesía; miraba hacia el cielo: las estrellas colgaban de la bóveda celeste como pequeñas luces que alumbraran un sueño; intentaba reconocerlas, situar en el lienzo de la noche alguna constelación que le hiciera saber el rumbo al que navegaba y sintió un escalofrío al comprobar que el toro se dirigía hacia el oeste, lejos de las costas de su patria. Por fin cerró los ojos, agotada, y dejó que su cuerpo fuera vencido por el cansancio.

∞

Cuando la princesa abrió los ojos, estaba ya sobre tierra firme. El paisaje le era del todo desconocido: olivos retorcidos sobre un suelo que la primavera había vestido con un fresco tapiz de hierba. No había nadie, nada se oía. Con aprensión, se tocó el cuerpo, pellizcó uno de sus muslos y sintió sobre su carne la penetrante aguja de sus uñas. Se levantó despacio y se refugió bajo un enorme plátano que daba sombra a un prado cuajado de flores. No había rastro alguno del toro. Una mezcla de tristeza y rabia asaltó su ánimo, y rompió a llorar.

—Cede en tu angustia, Europa —dijo una voz grave, sobrecogedora—. Vas a ser la esposa de Zeus invicto. Deja de gemir y aprende a aceptar dignamente tu extraordinario destino —la voz adquirió entonces un tono más firme, más solemne—. Una parte del mundo llevará tu nombre.

Ella intentó dar una respuesta, pero, haciendo un esfuerzo por recuperar el valor, para no dejarse superar por aquella pesadilla, únicamente consiguió preguntar con un hilo de voz:

—¿Dónde estoy?

—En Creta.

No hubo más palabras. Tras un breve silencio, una figura irresistible se materializó al lado del tronco del gran plátano. Europa no fue capaz de reaccionar. Atrapada por la luz que desprendía el dios, se sintió empujada hacia él, presa de los mismos ojos que la habían cautivado en la playa.

Las manos de Zeus desprendieron la ropa de su cuerpo y la tendieron allí mismo, al lado de una fuente de aguas cristalinas que fluía con calma. Creyó ser embestida por un ariete implacable que batía su sexo con fuerza incontenible; cerró los ojos, indefensa, y dejó que su mente vagara a través de los recuerdos de su casa.

Un temblor la dominó cuando notó que un río tibio y espeso inundaba su vientre a la vez que la garganta del dios exhalaba un grito, un rugido que le recordó a las fieras que habían poblado los sueños de su infancia.

∞

El rey Minos había llegado pronto al puerto cercano al palacio de Cnosos, la vigorosa ciudad del norte de Creta. En un gesto inusual, Pasífae, su mujer, lo acompañaba. Se habían casado muy jóvenes, en los tiempos en que él era solo uno de los tres aspirantes al trono. Ella caminaba unos pasos más atrás, con el gesto altivo, los ojos clavados en el

horizonte, la mirada dura y serena a la vez. Era el día en que llegaba el tributo anual procedente de Atenas, la lejana ciudad del norte.

El monarca acudía todos los años a esperar la nave en el puerto. Sentía un extraño placer desde el momento en que las velas se columbraban en el horizonte, un placer producto de una contradictoria mezcla: añoranza por su hijo Andrógeo, deseo de justicia, deleite ante una muestra más de su inmenso poder. No se trataba, en efecto, de uno de los muchos tributos provenientes de las ciudades de todas las costas, sino de una exigencia de sangre que pretendía mitigar levemente una honda desgracia.

Muchas cosechas habían cuajado desde que Minos comenzara a reinar en la cretense Cnosos. El tiempo había deslizado sus pasos con premura desde que su madre, Europa, lo había parido junto con sus otros dos hermanos, Sarpedón y Radamantis. Cada vez que acudía al puerto evocaba aquellos días en los que se había fraguado su poder, su gloria y, también, su desgracia. Ahora, con buena parte de su vida consumida, el gran Minos se arrepentía de muchas cosas, especialmente del día en que creyó que podría engañar a un dios.

Después de ser abandonada por Zeus, Europa había sido acogida por uno de los reyes de Creta, llamado Asterión, quien la recibió con cariño y esperanza a pesar de que estaba preñada de un dios y llevaba tres hijos en su vientre. Fue una época feliz aquella en que los tres hermanos crecían en paz en la casa de un hombre que se preocupaba por ellos todos los días de su existencia.

Sin embargo, el día en que murió Asterión el rumbo de las cosas comenzó a torcerse. La madre reunió a los tres hermanos en la misma habitación donde yacía quien había sido un verdadero padre para ellos.

—Ahora que el rey ha muerto, uno de vosotros deberá sucederle en el trono —dijo—. En un gesto que demuestra su generosidad, os ha nombrado herederos a los tres, esperando que vosotros mismos decidáis quién ha de sucederlo. Estad a la altura de su bondad y su nobleza.

Al escuchar aquel reto, los hermanos quedaron estupefactos. Durante unos tensos momentos en que no se atrevieron a mirarse a la cara, pareció que ninguno era capaz de dar una respuesta con la elevación que reclamaba Europa y que buscaban a toda prisa una razón, un argumento que hiciera prevalecer sus méritos. Minos se pronunció entonces con gran atrevimiento:

—El trono me pertenece por designación divina. Son los dioses los que me destinan este reino, no los hombres, ni la sangre, ni la herencia.

Sarpedón y Radamantis se miraron desconcertados. Fijando los ojos alternativamente sobre uno y otro con seguridad incontestable, Minos aprovechó su confusión para añadir:

—Los dioses me concederán aquello que les pida. Y estoy dispuesto a demostrar con hechos lo que afirmo con palabras.

Por fin, Radamantis se levantó de su sitial, contrariado.

—¿Cómo te atreves a decir tales palabras, hermano? ¿Acaso no ves que los dioses pueden volverse contra ti? ¿Qué clase de arrogancia te posee?

Minos se puso delante de él y lo miró con una serenidad que desarmó la impostada resolución de su hermano.

—Mañana, cuando el sol empiece a declinar, Poseidón hará que un toro emerja de las aguas del mar. Comprende-

réis entonces que mis palabras no son tan arrogantes como lo es vuestra incredulidad.

Europa, que había permanecido callada, no pudo contenerse. La mención del toro por parte de su hijo le trajo a la memoria recuerdos de otro tiempo.

—Sé muy bien cuál es el poder de los dioses —dijo—. Lo que dices, Minos, es fruto de la insolencia propia de tus pocos años. Procura no atraer demasiado la atención de un dios si quieres vivir en paz. No tenéis que decidir ahora. Id a descansar y meditad cómo habréis de honrar la memoria del hombre que nos rescató a los cuatro del supuesto favor de un dios.

Cuando salieron del palacio, Minos quiso separarse de sus hermanos. Seguido de una pareja de guardias, se dirigió hacia la costa, al mismo lugar donde antaño los tres solían hablar de los secretos y misterios de la juventud. Se sentó sobre una roca a contemplar el balanceo incansable del mar y, dominado por una tristeza repentina, habló con el señor de las aguas.

—Poseidón, escúchame. Te pido que mañana, cuando el sol comience su carrera hacia la tarde, hagas que un toro blanco, impecable, majestuoso, surja de las aguas. Así celebraremos los funerales de mi padre, que siempre te honró de manera irreprochable.

Una leve onda, casi imperceptible, surcó la superficie del mar cerca de allí y envió una espuma espesa que se detuvo justo delante, desafiando el movimiento de la corriente. Creyó Minos ver en aquel fenómeno una respuesta divina y siguió susurrando sus deseos.

—Una vez terminadas las honras fúnebres de Asterión, prometo sacrificar el toro en tu honor. Y mientras sea rey

de Creta no te faltarán sacrificios ni honores superiores, incluso, a los de tu propio hermano Zeus.

Cesó su oración sin despegar los ojos de las aguas. Entonces una ola inesperada, nacida de algún lugar sin viento, surgió desde la raíz de la roca que sostenía el anhelante cuerpo de Minos y partió hacia alta mar con un rugido profundo. Mientras la contemplaba navegar hacia el norte deslizando su masa sinuosa como un reptil azulado, pensó que quizá allá lejos, en algún país distante, se estaba fraguando parte de su destino. Entonces se levantó satisfecho y tomó el camino del palacio. El olor del campo reconfortó su ánimo y, a medida que avanzaba, se preguntaba qué clase de preocupaciones tendría un rey.

◦◦◦

El día de los funerales nació gris y lluvioso. Una brisa ligera procedente del norte hacía que las gotas de lluvia se estrellaran contra las paredes del palacio, y toda la ciudad parecía envuelta en un manto de languidez. El rey fue inhumado sin grandes ceremonias, con la austeridad que era común entre la gente cretense, acostumbrada a contemplar los secretos de la muerte con la calma propia de quienes no pretenden la inmortalidad.

Cuando el cuerpo de Asterión encontró acomodo dentro de la tierra, el pálido sol había iniciado su descenso y la lluvia seguía tiñendo el paisaje con un velo húmedo, dejando en el cielo de Creta el eco de las lágrimas. La necrópolis se extendía sobre la ladera de una loma y miraba hacia el valle en el que estaba el palacio. Era un lugar tranquilo, cuajado de olivos y de arbustos aromáticos. Sarpedón se acercó a su

hermano Radamantis y le habló sin contenerse, procurando ser oído por los presentes delante de la tumba.

—Noto las gotas de lluvia cuando golpean mi cara; siento el rumor del viento y el tímido gorjeo de los pájaros; veo la gris superficie del mar, apenas rizada por la brisa, pero no oigo los mugidos de ningún toro divino, ni el estruendo de las aguas. Es hora de designar al sucesor de nuestro padre.

Entonces Minos se adelantó, rozándole en el hombro. Sorprendido, Sarpedón retrocedió un paso. A su lado, Radamantis, de carácter templado y sereno, callaba y observaba. Las palabras de Minos se alzaron como una tormenta, rompiendo la quietud de la tarde.

—Asterión ha muerto y el pueblo de Cnosos espera a su nuevo rey. Invoco ante todos mi derecho al trono. Pero no soy yo quien se atribuye tal prerrogativa aduciendo razones de linaje, edad o valía, pues en tales cuestiones mis hermanos pueden alegar los mismos méritos que yo. Son los dioses los que me sientan en el salón del trono de Cnosos.

Habiendo hablado así, pudo ver que sus palabras se repetían de boca en boca y que en poco tiempo la muchedumbre aguardaba con una expectación insoportable. Se hizo un silencio espeso entre ellos: la lluvia cesó de repente y solo quedó el sonido del mar, inundando con su rumor todo el valle; un rayo de sol poniente derramó una breve luz sobre la necrópolis y rozó con una brizna de calor a los atónitos ciudadanos de Cnosos. La voz de Minos resonó aún con más fuerza, como si escapara de la garganta de un hombre de bronce.

—Ayer prometí ante mi madre y mis hermanos que Poseidón haría surgir del mar un toro hermoso, igual en todo

al que, hace ya tiempo, trajo a mi madre desde la lejana Tiro. Entonces fue Zeus quien, transformado en ese animal, hizo de ella la primera de un linaje que perdurará largo tiempo en el futuro.

La tierra comenzó a temblar levemente, como si tiritara estremecida por los sucesos que se estaban desencadenando. Del mismo modo que perros asustados por el estruendo de la voz de sus amos, los ciudadanos encogieron sus cuerpos, doblaron sus espaldas y se refugiaron en la mirada de quien se estaba convirtiendo en ese mismo instante en rey de aquella poderosa isla. Al advertir lo que sucedía, Minos comenzó a caminar, dejando que el silencio amplificara el enorme influjo que ya tenía sobre su audiencia. Primero miró a su madre, cuyo rostro no reflejaba temor ni admiración, sino desconcierto, y luego a sus hermanos, en cuyos ojos vio el expreso reconocimiento de la derrota. Ambos, doblegados, inclinaron la cabeza en gesto de aceptación.

Entonces se acercó a la orilla del mar y levantó los brazos hacia el cielo. Por un momento se creyó igual a los dioses, orgulloso de su poder, su determinación y su fortuna. Un nuevo temblor de la tierra agitó la superficie del mar con un movimiento que nacía desde dentro. Alrededor de Minos la muchedumbre parecía petrificada, poseída por un temor incontrolable. El piélago pareció desbordarse como el agua de un caldero que, hirviendo, se precipita sobre el fuego y produce una crepitación efímera, sibilante. El cielo se oscureció todavía más, como si el sol se ocultase en sí mismo, mientras la tierra volvía a tiritar. Entonces, de pronto, una quietud total invadió el paisaje. Las corrientes del mar se calmaron y la luz se concentró muy cerca de la orilla.

Todos contemplaron atónitos que las aguas dejaban de fluir para abrirse lentamente, permitiendo que el fondo arenoso fuera acariciado por un haz refulgente del que surgió, como una montaña nacida del vientre de la tierra, un toro blanco, enorme y hermoso. El animal caminó despacio hacia el lugar en que se encontraba Minos, se detuvo delante de él y bramó levantando su dorada cornamenta hacia el cielo.

Desde el lugar en que se hallaba, Pasífae contemplaba la increíble escena, atrapada también por el prodigioso escenario sobre el que Minos, su esposo, estaba siendo proclamado rey de Creta por designio de los dioses. La futura reina examinó entonces el cuerpo del toro, admiró sus miembros, sus esculturales músculos, sus ojos profundos. Un extraño e inesperado cosquilleo recorrió sus muslos y, sin poder evitarlo, entornó los labios y se los humedeció levemente con la lengua.

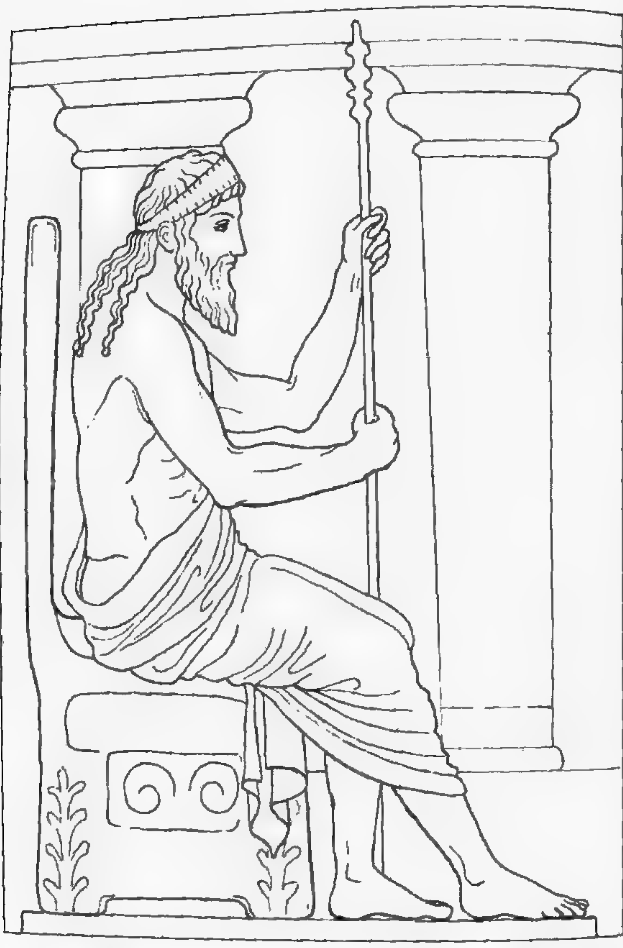
2

El Minotauro

Minos contemplaba el hermoso toro. Tenía los cuernos dorados y su capa blanca brillaba a la luz de las antorchas del establo con un resplandor extraño y atrayente al mismo tiempo; sus ojos eran grandes y reflejaban una profunda tranquilidad; sobre la testuz, el pelo se rizaba suavemente, en ondas delicadas que recordaban la superficie del mar del que había nacido.

Era un animal único, de fuerza, mansedumbre y belleza incomparables; un animal propio del monarca de una isla en la que los toros eran considerados seres sagrados; un animal propio de Creta. Este pensamiento se fijó en la mente de Minos y, día tras día, demoraba su promesa a Poseidón e intentaba discurrir el modo de quedarse con el toro sin irritar al dios.

—Busca entre tu ganado uno que se le parezca y sacrifícalo al señor de las aguas. ¿Acaso temes que Poseidón esté pendiente de comprobar qué bestia pones ante el altar?



Día tras día, Minos demoraba su promesa de sacrificar el toro a Poseidón.

La seguridad de Pasífae era reconfortante; Minos le sonrió.

—Quizá tengas razón, esposa. Los dioses pueden pasar sin este toro. Yo no. ¿Imaginas qué clase de animales parirían las vacas reales con semejante semental? —dijo.

Hacía tiempo que había aprendido a respetar, e incluso a temer, a su esposa. Era una mujer hermosa, pero tenía el alma oscura, como el profundo pozo de sus ojos. Hija de Helios y de la oceánide Perseis, compartía con su hermana Circe y su sobrina Medea un alma de hechicera.

Al día siguiente, Minos aparentó ante todos cumplir su promesa. En el patio del palacio, con la solemnidad que tal acto requería, ordenó que fuera conducido al altar el toro más soberbio de la cabaña real. Era un ejemplar magnífico, de porte altivo, con el que el rey se creía capaz de confundir a Poseidón. El animal, cuya cabeza sostenía coronas y guirnaldas, llegó escoltado por un cortejo espléndido, en el que hombres y mujeres avanzaban con el torso desnudo.

La bestia se derrumbó cuando la doble hacha de bronce se abatió sobre su cuello. Un chorro de sangre tiñó el aire y manchó de rojo la piel y la ropa del sacerdote. El cuerpo decapitado se estremeció sobre el suelo durante unos instantes en medio de hondas convulsiones que llenaron de inquietud el ánimo de Minos. El cielo se oscureció repentinamente y el mundo pareció enmudecer: los pájaros callaron, el viento cesó y un silencio inexplicable se instaló en el corazón de todos los presentes.

◇◇◇

Al cabo de unos días, la reina entró en el establo. El animal parecía agitado, ajeno a su presencia. Por el contrario, ella

lo observaba con calma, sintiéndose atraída por su belleza. Respiró aspirando el olor dulce que impregnaba el lugar: heno fresco, paja, y un vaho apenas perceptible que emanaba del toro. Se acercó a él y advirtió que se tranquilizaba y que aceptaba de buen grado su presencia. Deslizó con cuidado su mano por encima de la cerca de madera para acariciar los suaves rizos de la testuz del animal con cautela. Contemplaba aquel hermoso cuerpo y sus manos acariciaban los afilados pitones, sintiendo su tersura. Pasó los dedos por el cuello y los introdujo en el pecho, intentando notar la suavidad del pelaje, la rotundidad de los músculos, la dulce sensación de calor que emanaba de su piel.

El toro hizo un movimiento repentino que la sobresaltó, pero fue breve. Complacido por las caricias, exhaló un hondo suspiro: gotas de mucosidad salieron de su empapada nariz y humedecieron el rostro y la ropa de la reina. Ella no sintió asco, sino al contrario: un cosquilleo, nacido desde lo más profundo de sus entrañas, la recorrió de los pies a la cabeza.

Entonces el toro levantó sus belfos, agitó los labios en un movimiento compulsivo, como barruntando olores estimulantes, abrió los cuartos traseros y clavó las pezuñas en el suelo del establo mientras emitía un quejido ronco y leve que le recordó a Pasífae el ronroneo de un gato. Ella lo siguió acariciando, sin poder evitar dirigir sus ojos hacia el vientre, donde algo se agitaba, latía con violencia en una sucesión de espasmos que se repetían rítmicamente. Las sensaciones se multiplicaban en su cuerpo, un ligero temblor le sacudió las rodillas, le parecía que su corazón se acompasaba con la respiración del animal, latiendo con una fuerza desmedida.

Cerró los ojos y, dejándose envolver por su irrefrenable deseo, entró en el recinto, se abrazó al cuello del animal, dejó que los belfos mojaran sus pechos. Sin embargo, en ese momento un fogonazo en el interior de su mente, una sombra de razón, la despertó.

Comprendió repentinamente lo que estaba haciendo. Como reflejada en un pulido espejo de bronce se vio a sí misma abrazada a la bestia. Cruzó de nuevo la cerca, se acomodó la ropa, intentó secar la mucosidad del toro antes de abrir la puerta del establo. El animal seguía paciendo con tranquilidad sobre el heno, aparentemente ajeno a la conmoción que había trastornado los sentidos de la reina. Pasífae llegó al patio ofuscada, preguntándose qué clase de experiencia acababa de vivir.

Cuando entró en su habitación, despidió a las sirvientas y se echó en la cama, exhausta, intentando comprender, y dejó que el sueño la envolviera con su sudario de imágenes. Cuando por fin el agotamiento la venció, no desfilaron ante ella sus ilusiones ni sus angustias, no vio nada, sus sentidos se vaciaron por completo de toda sensación. Solo un ruido se repetía constantemente: los latidos secos, rítmicos, incesantes del toro. Una y otra vez el sonido retumbaba en su cabeza, haciendo temblar su cuerpo. Sus miembros vibraban, su corazón se aceleraba, sus labios se humedecían.

◦◦◦

En la superficie del mar la corriente se movía de un modo desacostumbrado. No había viento, ninguna nave había dejado su estela, pero el agua bullía y un remolino comenzaba

a formarse. Minos lo observaba sentado sobre la misma roca desde la que había invocado a Poseidón para hacerse con el reino de Creta. Le había pedido un toro al dios y este le había concedido un ejemplar único. Sin embargo, él no había cumplido su parte del trato. Contemplaba el remolino preguntándose si el dios habría descubierto su engaño. Una punzada de temor le hirió el pecho mientras se levantaba para emprender el regreso al palacio. Entonces oyó un ruido alarmante, un estruendo continuado que le hizo volverse de nuevo hacia el mar.

Estrépito, espuma, una ola enorme que se alzaba delante de él, con la rompiente blanca y el seno turquesa, una ola estática, anclada al fondo por alguna invisible raíz de agua. Sobrecogido, Minos miró hacia sus guardias, que conversaban distendidos, ajenos. Solo él veía el magnífico fenómeno.

Desde la cresta, fue tomando forma un rostro imponente, de facciones duras y ojos penetrantes. Sus pómulos parecían duros como la piedra. El rey se aferró a las aristas de la roca, dispuesto a resistir el inminente embate, mas la ola seguía sin moverse. Entonces oyó la voz.

—¿Por qué has intentado engañarme? ¿Por qué me has agraviado cuando te he hecho señor de Creta?

Minos quiso buscar una excusa, una razón que lo exculpase o mitigara su falta, pero no fue capaz de articular una palabra. Solo había una explicación: la codicia.

Poseidón continuó:

—Aprenderás una dura lección que no olvidarás nunca. Ningún mortal es nada sin los dioses. Tu familia conocerá la desgracia y tú serás recordado para siempre por el toro que llevará tu nombre.

El dios no dijo nada más; sus enigmáticas palabras se clavaron en la mente del rey con la violencia de una lanza que penetra una armadura. Antes de que pudiera hacer o decir algo, la ola se desvaneció. Cuando Minos volvió al camino del palacio, estaba abatido. Al contemplar sus ojos, los guardias creyeron ver en ellos el rastro que dejan las más crueles pesadillas.

Pasífae no podía descansar. El insomnio le impedía conciliar el sueño, asediada constantemente por una obsesión que no podía compartir con nadie. Sufría a todas horas el deseo, imaginaba mil escenas en las que se entregaba y, a la vez, soportaba una culpa tan pesada como el bronce. Se miraba a sí misma y no podía comprender esa inclinación que violaba todas las leyes de la naturaleza convirtiéndola en un monstruo incluso para sí misma. Pero era superior a ella.

Pasaba largas horas luchando contra el impulso de volver al establo y, al mismo tiempo, tratando de imaginar la forma en que podría, al fin, satisfacer su horrible deseo sin que nadie lo advirtiese. Por más que se esforzaba, no conseguía discurrir un medio.

Aquella mañana, después de otra noche en blanco, salió de sus habitaciones para acompañar a Minos en una ceremonia. En medio del campo, al pie de un enorme olivo de tronco retorcido, el ritual de ofrendas a la Madre Tierra le pareció vacío, penoso. Miraba los rostros de quienes la rodeaban procurando que el tiempo pasara y su pensamiento se viera liberado de la terrible ofuscación que la martirizaba. Minos realizó una ofrenda especial en honor del señor de las aguas. La vistió de gran solemnidad, recalcando cada palabra y prometiendo devolver al dios lo que le pertenecía.



Pasífae no comprendió al momento la declarción de su esposo, pero se dio cuenta de su preocupación, su rostro tenso y su mirada de arrepentimiento. «¿Qué le debía Minos a Poseidón?», se preguntaba. «¿Qué podía haber mermado tanto su habitual autocomplacencia para hacer que se mostrara tan vulnerable ante buena parte de la gente de palacio?» Se hacía tales preguntas a la vez que ensayaba posibles respuestas. Y de repente, lo supo: Minos había decidido sacrificar el toro del mar.

Un dolor implacable mordió sus entrañas. Esforzándose por no llamar la atención, pidió excusas al rey y, seguida a distancia por sus sirvientas, se retiró hacia el palacio presa de una excitación que no podía controlar. Tomó un camino empedrado que conducía a los talleres del palacio —un lugar alejado de miradas indiscretas, pues solo lo transitaban menestrales—, y deambuló un rato distraída en sus pensamientos. Una puerta abierta llamó su atención. Desde fuera vio sentado a un hombre que usaba alguna clase de herramienta para dar forma a un objeto de madera que ella no fue capaz de reconocer. Era Dédalo, un ateniense exiliado por causa de un delito de sangre que había sido acogido por Minos debido a su talento como arquitecto e inventor. Se decía de él que había ideado herramientas y construido extrañas estructuras que parecían sacadas de la forja de un dios. En las paredes y en el suelo de su taller se almacenaban extrañas máquinas, ingenios que rotaban por su propio impulso, modelos de edificios y toda una colección de artilugios con alas que daban a entender que en la mente de aquel hombre solitario bullía la pretensión más enloquecida que hubiera albergado mortal alguno: la de volar.

Una idea aparentemente absurda cruzó por el pensamiento de la reina haciendo que detuviera sus pasos. Se fijó en las manos del artista y en su destreza manejando la insólita herramienta con la que intentaba dar forma a la madera. Tuvo un momento de duda, pero luego, repentinamente, sintió que una fuerza poderosa la empujaba hacia el interior del taller.

—Eres un hombre muy hábil, Dédalo de Atenas. Me han contado que eres capaz de construir cualquier cosa que te propongas —le dijo.

Dédalo se levantó al oír a la reina y, azorado, dejó la herramienta en el suelo.

—En ocasiones la gente exagera las habilidades de los extranjeros —contestó.

La firmeza ejercida con naturalidad, propia de quien ostenta la autoridad desde la cuna, asomó en el rostro de Pasífae y se transmitió a su voz.

—Voy a encargarte un trabajo del que responderás con tu vida. Debes llevarlo a cabo en secreto y con la máxima celeridad. Dedica todo tu tiempo a ello y sabré agradecértelo a tu entera satisfacción.

Un tenso silencio siguió a su exigencia. Dédalo adivinó en el rostro de la reina una dura determinación y comprendió que se hallaba en una situación extremadamente comprometida. No podía perder la confianza del rey, pero sabía que estaría indefenso ante cualquier difamación lanzada por su esposa. Respondió abrumado:

—Te serviré en todo lo que pueda y guardaré tu secreto.

Pasífae sintió que había llegado el momento decisivo. Dudó, luchó de nuevo contra sí misma, pero no pudo alejar de su mente aquella locura.

—Construirás para mí una máquina. Quiero que sea igual en todo a una vaca: su mismo aspecto, su mismo olor. Dentro de su cuerpo dejarás espacio suficiente para que pueda entrar una persona. Ponte a trabajar ahora mismo, el tiempo apremia; y recuerda que pagarás con tu vida si alguien, sobre todo el rey, descubre este secreto. ¿Has comprendido?

Dédalo hizo un gesto inequívoco de afirmación con la cabeza. Ella ignoró el asombro que mostraban los ojos del artesano y abandonó el taller; estremecía su ánimo una excitación difícil de reprimir, acrecentada por la conciencia de que se internaba en un territorio del que le sería imposible regresar.

No sentía miedo, no era capaz de juzgar lo que estaba haciendo, no era dueña de sí misma. Desconocía que Poseidón, el señor del mar, estaba sonriendo en ese momento, recostado sobre una enorme caracola blanca, balanceándose muellemente sobre la superficie de las aguas, desde donde observaba divertido las costas de Cnosos.

Pasífae no sabía que el dios estaba utilizándola para vengarse de su esposo.

◦◦◦

La reina contemplaba la vaca de Dédalo. Veía la tersura de su piel, la expresividad de su cara, la perfecta unión de todas sus partes, y no pudo hacer otra cosa que admirar la asombrosa habilidad del artesano. Era de noche, todos dormían, el silencio se había adueñado del palacio de Minos. Desde lejos se escuchaba el rumor del viento meciendo las ramas de los olivos que danzaban en una íntima ceremonia nocturna. Solo la voz de las criaturas de la noche rompía de vez en cuando el silencio; el mundo reposaba.

—¿Cómo conseguirás que el toro se encele? —preguntó la reina.

Dédalo, que había comprendido las intenciones de la mujer, se atrevió a decir:

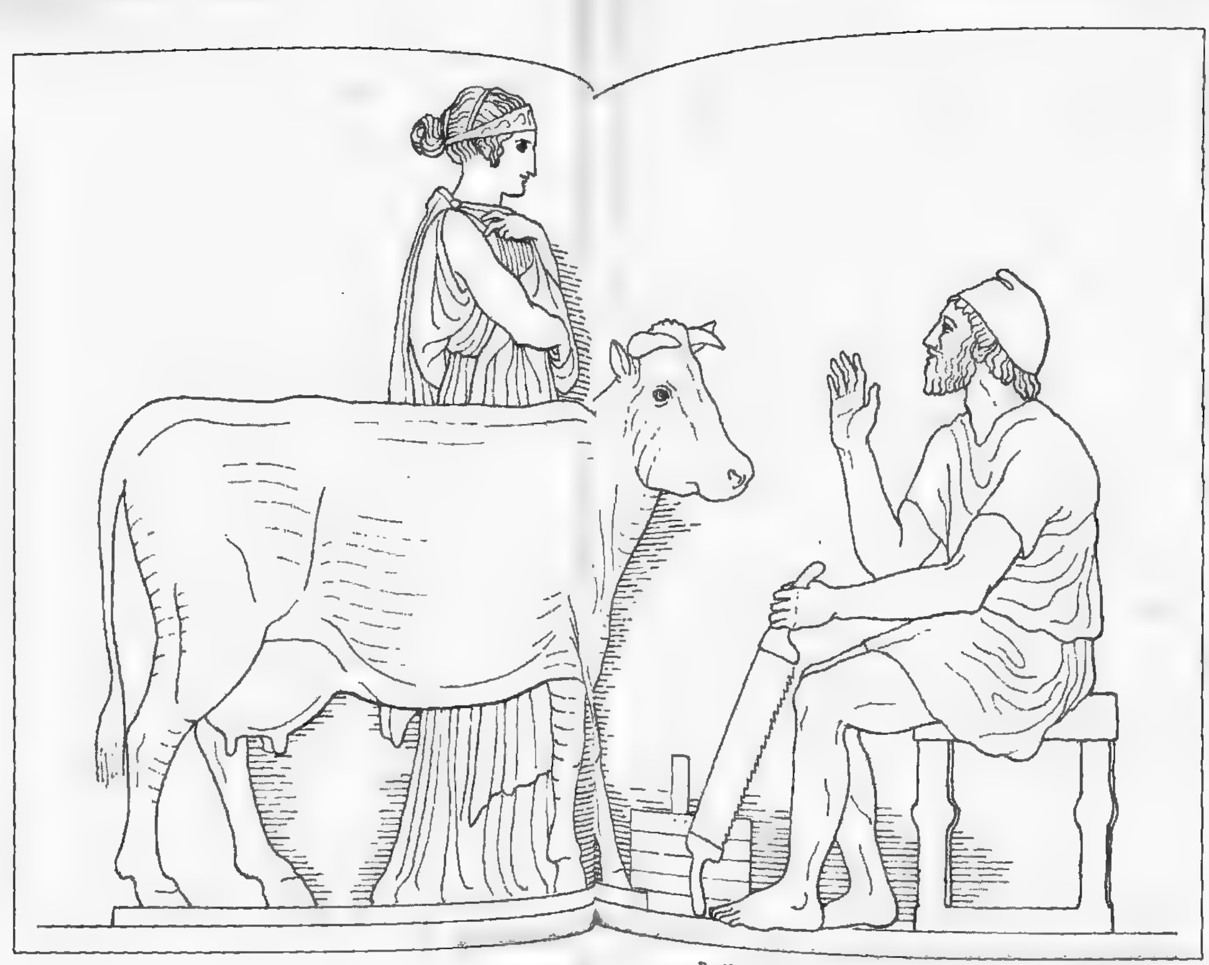
—Poderosa Pasífae, ¿estás segura de lo que pretendes hacer? Bien sé que no puedo interferir en los designios de una reina, pero, como leal servidor de tu casa, debo intentar disuadirte. Algún dios te está empujando a llevar a cabo un acto irreparable.

Ella endureció su rostro y respondió:

—En efecto, no debes interferir. Y si, como dices, un dios me está empujando, ¿cómo podría evitarlo? Responde a mi pregunta.

Pero Dédalo no tenía respuesta. ¿Quién podría contestar a tal cuestión, sino los propios dioses? Agarró un recipiente del suelo y lo derramó sobre la grupa de la máquina. Un olor agrio y dulzón inundó el establo. Lanzó una mirada de infinita tristeza a la reina y, mientras ella se introducía en el interior del falso animal, fue a liberar al toro. Tenía la sospecha de que aquella noche podría marcar su vida para siempre.

Pasífae sintió un temblor en el suelo; oyó a su espalda el resoplido del toro, que, como un río desbordado, había entrado ya en el establo. Desnudó su cuerpo, se acopló a la grupa de la máquina y, con el corazón desbocado, esperó. Cuando el toro cubrió a la vaca todo retumbaba dentro del artilugio como el casco de una nave alcanzada por una ola. Sintió su resuello, un volcán en erupción, los golpes de las pezuñas espoleando los ijares de la máquina, el chasquido de los dientes mordiendo el lomo. Por un momento sintió miedo, un reflejo de cordura que aparecía como una antorcha en medio



Pasífae contempló la vaca de Dédalo y no pudo hacer otra cosa que admirar la asombrosa habilidad del artesano.



de la noche. A punto de volver en sí misma, de comprender el abominable acto al que se iba a entregar, se lanzó a por su ropa aterrorizada, dispuesta a poner fin a su locura. De pronto, algo la detuvo, la mano de un gigante que aferraba sus hombros y le impedía moverse. Volvió a sentirse inflamada por el deseo brutal, por la agitación del toro. Se rindió definitivamente y se lanzó hacia la grupa en el momento en que el miembro penetraba en el interior de la máquina. Lo veía agitarse, latir, golpear, oía sus mugidos, sus golpes, que acompañaban sus gritos, mientras la vaca temblaba de modo que parecía que estuviera a punto de derrumbarse.

Después de un bufido aterrador, se hizo el silencio, la respiración del toro se calmó, el volcán se apagó, las brasas apenas humeaban. Pasífae respiraba convulsamente. Poco a poco volvió en sí, y, empapada, salió del aparato, se derrumbó boca abajo en el suelo, y cerró las piernas en un gesto de pudor instintivo. Un vacío absoluto llenó su ánimo, las lágrimas afloraron a sus ojos. Se vistió despacio, intentando limpiarse, comprendiendo lo que había hecho, aunque no del todo segura de si había sido real o formaba parte de una pesadilla.

Entonces vio a la bestia paciendo, mordisqueando los esparcidos restos de heno sobre el suelo y comprendió que la pesadilla no había hecho más que empezar.

◇◇◇

El tiempo había transcurrido con calma sobre la vida de Minos y la paz había regresado a su ánimo. Se había convertido en un rey distinto: reflexivo, magnánimo, justo. Desde todos los lugares de Creta su fama de hombre equilibrado se había ido afianzando, de manera que la gente común acudía a él

para hacerle árbitro de sus disputas. El reino de Cnosos prosperaba y su poder seguía expandiéndose por buena parte de la cuenca del mar que se extendía hacia el norte y bañaba las costas continentales.

La estabilidad política parecía garantizada: su hermano Sarpedón había partido hacia la costa de Anatolia en busca de otra vida, y Radamantis, como el propio monarca, se había convertido en un hombre justo y ecuánime. Por lo demás, la reina estaba embarazada y Minos tenía la esperanza de que pronto un heredero diese continuidad a su linaje.

El rey creía que los tiempos de zozobra habían terminado para siempre desde que, sinceramente arrepentido, se había reconciliado con el poderoso Poseidón. Solo una cosa lo entristecía: la taciturna actitud de su esposa. Había intentado saber qué escondía su desconsuelo, qué provocaba su abatimiento. Con frecuencia hablaba con ella, pero sus conversaciones llegaban indefectiblemente a un punto que no podían superar. Resignado, Minos había renunciado a saber la causa de la languidez que la dominaba.

Una tarde de invierno Pasífae se sintió mal. No era el dolor indefinible de su alma, herida para siempre; era un dolor concreto, físico, en su vientre. Su vieja nodriza, la mujer que la había criado en el lejano país de la Cólquide, comprendió rápidamente que el embarazo de Pasífae estaba a punto de concluir. Se acercó a ella con ternura y palpó su vientre abultado.

—El parto se acerca —dijo con una sonrisa en los labios—. Debes prepararte.

Las sirvientas tomaron las disposiciones necesarias con diligencia, y la nodriza, sintiendo que la frecuencia de las contracciones ya era constante, preparó el sillón paritorio.



Del útero de la reina emergió un monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro.

—Tengo miedo —confesó la reina a su vieja sirvienta.

No pudo seguir hablando. Un insoportable dolor hizo presa en ella, como si algo le desgarrara las entrañas. La nodriza corrió a buscar a la partera mientras las demás sirvientas ayudaban a la reina a sentarse. Aterrorizada, Pasífae notaba que la vida latía dentro de ella, veía que su vientre se movía y que de él emergían pequeñas turgencias irregulares que luego desaparecían, dando a su abdomen el turbador aspecto de una cordillera de carne. Otra contracción brutal tensó su cuerpo en el momento en que la nodriza entraba en la habitación con la partera.

—¡Ánimo! —dijo la mujer—. Tu hijo está a punto de venir al mundo.

Al levantar las ropas de la reina, un gesto de alarma turbó el rostro de la matrona. El vientre de la parturienta hervía como un estanque de agua sulfurosa. Algo no iba bien. La mujer dispuso sus instrumentos y se preparó para un parto difícil.

Cuando el nuevo ser vio la luz, las dos mujeres retrocedieron aterrorizadas. Del útero de la reina emergió un ser monstruoso. Su cuerpo de hombre estaba coronado por una cabeza de toro: cuernos dorados, belfos carnosos, ojos bovinos. Agitaba sus miembros intentando incorporarse, pero no podía fijar sus pies con seguridad. El monstruo cayó al suelo y abrió sus fauces emitiendo un bramido agudo y mostrando unos dientes impropios de un bóvido. Pasífae, desfallecida por el esfuerzo, fue conducida a un lecho en compañía de su hijo.

Un extraño olor, parecido al de un establo, inundaba la habitación cuando Minos entró para conocer a su nuevo hijo.



3

El laberinto

Una dulce brisa refrescó el rostro de Teseo. Abrió los ojos con prudencia, temiendo que la luz secara el torrente de sus recuerdos. Añoraba aquellas tardes en que, tras su regreso a Atenas, su padre le había contado la increíble historia de Minos, el poderoso rey de Creta, y los amores de su esposa con un toro. Recordaba la figura del anciano, recostado sobre el lecho, con la mirada perdida a causa del esfuerzo de recordar tanto sus hazañas como sus fracasos y errores.

Mientras el sol declinaba en el horizonte y su luz teñía de oro las aguas del mar, Teseo volvió a cerrar los ojos. A su alrededor los guardias vislumbraban la silueta del rey dibujada sobre el risco rocoso, una pequeña mota oscura sobre la luz del ocaso. El cabo se alzaba majestuoso, contemplando con benevolencia a todo el cortejo de naves que enfilaban sus proas hacia el puerto de Atenas al abrigo de la costa, y Teseo no podía evitar que se perfilaran en su mente

las velas de su propio barco, las velas negras que habían provocado la muerte de su padre.

Recordaba su afán por preguntarle todo, su ansiedad por conocer la historia de Minos, Pasífae, el toro..., y evocaba también la tranquilidad que emanaba de su progenitor, procurando contener su agitación: ¿Qué ocurrió? ¿Qué hizo Minos? ¿Qué pasó con el monstruo surgido de las entrañas de Pasífae? En aquellos momentos había sentido la necesidad de conocer cada detalle y, sobre todo, de llegar al momento en que las vidas de los dos soberanos se habían encontrado.

Abrió los ojos un instante y contempló la espectacular luz del sol poniente cincelando el cuerpo de la costa. Le asaltó el peso de su propia biografía, el fardo de sus propios actos. Sintió una infinita nostalgia por volver a ser aquel joven que escuchaba absorto las historias de su padre, sin saber que él mismo habría de ser parte decisiva de ellas.

◇◇◇

Dédalo entró en el salón del rey sintiéndose incapaz de alzar los ojos del suelo. No osaba mirar a su benefactor, al hombre que lo había acogido en su casa salvándolo de un exilio vergonzoso. Se quedó inmóvil sin atreverse a pronunciar una sola palabra, sorprendido al no ver a nadie en los bancos de los consejeros y los nobles. Solo el rey y él estaban en la estancia. Y el eco de sus pensamientos.

—La reina ha confesado ante mí —dijo Minos—. No puedo culparla; yo soy el responsable de mi vergüenza y de la suya.

Dédalo respiró aliviado al oír aquellas palabras y, cuando levantó la vista, vio el sufrimiento que reflejaba el rostro contraído del monarca.

—Los dioses nunca olvidan y su ira no tiene freno —se lamentó el rey—. He sido estúpido al creer que podía aplacar a Poseidón.

Se levantó del sitial con hondo cansancio, como si los años que aún no había vivido hubieran caído sobre él en una sola noche, y, avanzando unos pasos, cogió las manos del ateniense, en cuyo rostro clavó unaa mirada anhelante.

—Ayúdame.

Dédalo apretó sus manos intentando transmitirle calor, un hilo de confianza.

—Poseidón te ha castigado cruelmente —dijo—. Te ha llenado de vergüenza y te ha golpeado con violencia. Pero no solo penas tú, rey Minos. También tu mujer, tus sirvientes, todo tu reino. No solo por ti, sino también por ellos, no te dejes hundir en un estéril sufrimiento, complaciéndote en tu desgracia. Demuestra que eres merecedor del reino que conseguiste gracias a la ayuda del dios.

—¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo podría hacer desaparecer al monstruo sin despertar de nuevo la ira de Poseidón? ¿Cómo podría volver a mirar a mi esposa?

Dédalo soltó las manos del rey, y se alejó unos pasos, ensimismado, pensando en voz alta en la idea de que su habilidad para ingeniar le mostrara algún camino.

—Jamás podrás borrar lo que ha sucedido, pero has de aprender a vivir con ello. A pesar de la vengüenza y del sufrimiento de tu esposa, debes dar hijos a tu reino. Poseidón ha cumplido su venganza, procura que esta desgracia sirva para algo.

Sintiéndose golpeado por la vehemencia de aquellas palabras, Minos salió de su letargo. Una débil llama iluminó sus ojos y un gesto de valor se dibujó en su cara.



—¿Por qué la ayudaste? ¿Por qué no la apartaste de su absurdo propósito? —lo interrogó.

Dédalo se sobresaltó. Los temores con los que había acudido al salón del trono renacieron, pero intentó mantener la calma.

—¿Cómo hubiera podido negarme? ¿Cómo hubiera podido contradecir a una reina? Nadie me defendería ante ti con su voz o con su brazo si contra mí se enojara tu esposa, pues su poder se impone con toda su severidad cuando se aíra contra alguien más bajo. —Se defendía con apasionamiento, temiéndose arrinconado, pero, como veía que el rey lo escuchaba sin interrumpirlo, se dejó arrastrar por la sinceridad y abrió su corazón, mirando abiertamente a la cara de Minos—. Yo solo soy un exiliado —dijo—, conozco bien el enojo que produce el resentimiento, porque es el que ha producido mi desgracia. Maté por orgullo y así extravié mi camino.

Minos permaneció pensativo, rumiando tales palabras.

—Tienes razón, Dédalo —dijo al fin—. Te concedo mi perdón, y te doy mi palabra de que, mientras yo viva, nada has de temer. Ahora bien, has de cumplir dos requisitos. El primero es no volver a traicionarme actuando a mis espaldas, pues no te perdonaré otra vez. El segundo es que me ayudes a encontrar una salida para esta situación. Me lo debes.

Dédalo inclinó la cabeza ante él en señal de sumisión y dijo:

—No volveré a traicionarte. Pero ¿cómo podría ayudarte?

El monarca dejó a un lado toda sombra de duda y de su rostro desapareció el gesto desabrido. Sus ojos recuperaron el brillo, su mentón pareció afilarse al alzar la cabeza, todo su cuerpo adquiría el porte de un rey.

—Utilizarás para mí toda tu destreza, todo tu talento en el arte de construir. Harás un recinto en el que pueda encerrar para siempre al monstruo. Será un edificio único, del que sea imposible salir. —Se acercó todavía más al rostro de su interlocutor. Dédalo captó el olor agrio de su aliento y sintió el extraordinario ímpetu de su mirada. Confunde las entradas y las salidas, haz que los ojos yerren con la sinuosidad y las revueltas de interminables pasadizos, llena de recodos los estrechos pasillos; consigue que sea imposible saber cuál es el umbral y haz que los cruces sean perennes gargantas que tragan sin cesar. Allí encerraré al monstruo, lejos de mí, lejos de los míos, con la esperanza de poder olvidarlo.

Así habló el rey, describiendo la prisión que había ideado para ocultar su vergüenza, y luego dejó a Dédalo meditando sobre su mandato. Mientras abandonaba la sala resonaban en sus oídos las palabras que en otro tiempo le dijera Poseidón: «Tu familia conocerá la desgracia y tú serás recordado para siempre por un toro que llevará tu nombre.»

◦◦◦

Cuando Dédalo terminó su obra, Minos ordenó a uno de los muchos obreros penetrar en ella. El hombre avanzó hacia el interior convencido de que podría salir de nuevo, pues guardaba en su memoria la orientación de las galerías, la situación de los recovecos. El rey lo vio perderse en aquella construcción sin puerta y esperó pacientemente. Al cabo de un rato los gritos del desafortunado obrero poblaron el recinto. Minos miró a Dédalo aterrorizado al mismo tiempo que complacido al comprobar que las voces se iban apagando, ahogadas por la distancia y por la angustia.

En cuanto se hizo el silencio, el rey lanzó una última mirada al umbral del edificio diseñado por el extraordinario artista ateniense. Reparó entonces en la *labrys*, la doble hacha que, como símbolo de su reino, adornaba el dintel de la entrada. Y una palabra acudió a su mente.

Laberinto.

∞

El reino de Minos había crecido. Su red de influencia se extendía por toda la cuenca del Mediterráneo y sus naves de guerra surcaban las aguas ahuyentando a los piratas y recaudando tributos que crecían sin cesar. Bajo su mandato el comercio estaba viviendo una época dulce: naves procedentes de Chipre, Egipto, Fenicia y la lejana Tarteso llenaban los muelles de los puertos de Creta. Barcos cargados con toda clase de mercancías salían de la isla hacia todos los rincones del mundo, llenando de productos cretenses los almacenes de países vecinos y lejanos. Los súbditos del rey asistían complacidos al espectáculo de su propia prosperidad, viendo cómo crecían sus hijos y sus cosechas.

Minos había seguido gobernando con justicia, promulgando normas que intentaban poner fin a disputas y conflictos muy antiguos, con la esperanza de convertir a cada habitante de su reino en ciudadano protegido por la ley. Su hermano Radamantis lo había ayudado en esta tarea legisladora, siguiendo su ejemplo en otras ciudades de la isla, de manera que ambos habían acrecentado su fama de hombres justos.

El tiempo había hecho su trabajo. Y el laberinto también. Encerrado en aquellos lóbregos sótanos cuya salida solo podía encontrar Dédalo, Asterión —pues así habían llamado al monstruo— había desaparecido casi por completo de las vidas de Minos y Pasífae. Los reyes sabían que aquel nombre, que habían utilizado para enmascarar el dolor del presente con el recuerdo de aquel amado rey del pasado, no perduraría, pues nadie lo llamaba así, sino Minotauro, según había anticipado Poseidón.

Los dos esposos se habían perdonado mutuamente. Con una presencia de ánimo que demostraba su determinación y entereza, habían decidido tener cuantos hijos fuera posible y habían proyectado en ellos sus esperanzas de una redención que, en aquellos tiempos de bonanza, parecían haber alcanzado por completo. Catreo, Deucalión, Andrógeo, Ariadna, Fedra... Todos ellos habían traído la paz al ánimo atormentado de sus padres.

Algunas noches, empero, cuando el silencio se cernía sobre la tierra de Cnosos, un lejano gemido, el fleco desgajado de un bramido distante, se oía desde las estancias reales. Era apenas perceptible, y nadie parecía reparar en su existencia. Sin embargo, al oírlo Pasífae se revolvía en su lecho, se tapaba los oídos con las manos e intentaba conciliar el sueño y alejar de sí el horrible remordimiento. Cuando el sueño la vencía, de nuevo el quejido penetraba como un aguijón en su cabeza, recordándole el infausto coito y, a la vez, el indecible placer; el ingrato remordimiento y la dulce sensación de agotamiento que invadieron su cuerpo aquella noche.

Mas con las rosadas luces de la aurora, aquella presencia permanente se desvanecía poco a poco. El palacio despertaba y una multitud de siervos, funcionarios, artesanos, escribas, cortesanos y vasallos llenaba de vida cada estancia, ha-



ciendo que la reina olvidara su vergüenza. La presencia del Minotauro se diluía, engullida por el bullicio de una corte agitada, capaz de silenciar los ecos de la noche.

En aquellos días Minos pasaba mucho tiempo fuera de su palacio, atendiendo sus muchas obligaciones con sus súbditos. Viajaba de isla en isla, de ciudad en ciudad, afianzando con su presencia el poder de su reino. En todos los lugares era recibido con sinceras muestras de respeto, pues todos veían en él no solo al monarca poderoso, sino al hombre que había conseguido reponerse de un golpe terrible, de un castigo divino capaz de terminar con la resistencia de toda persona común. Al encauzar de nuevo su vida, asumiendo con dignidad su vergüenza y la de su esposa, había conseguido el respeto de los hombres.

Sin embargo, no todo era luz. Se había visto obligado a sumar una clase más a la caterva de funcionarios que generaba la incesante actividad del palacio, aunque su existencia no estuviera registrada en los archivos. Se trataba de un grupo de trabajadores dedicado a alimentar al Minotauro. No era una tarea sencilla, pues aquel ser de doble naturaleza no solo consumía los alimentos propios de un toro, sino también los de un hombre. Tales funcionarios tenían la orden de introducir en el laberinto, de vez en cuando, a hombres o mujeres desdichados, enfermos, ancianos o prisioneros, para que sirvieran de alimento a la fiera.

En medio del silencio de la noche, Minos oía lejanos aullidos, gritos inconexos y, del mismo modo que su esposa, intentaba alejarlos de sus sentidos por todos los medios. Cuando los ecos del laberinto rompían la quietud, penetraba en su imaginación la visión del engendro devorando

a aquellos infortunados convertidos en presas, y se preguntaba si su delito merecía un castigo como aquel.

Esa era la verdadera razón de sus ausencias: huir del tormento del Minotauro. Buscaba cualquier pretexto para viajar lejos de su maldición aduciendo razones de Estado que hacían inexcusable su marcha de palacio, con la esperanza de que la travesía, los peligros del mar y el permanente ajetreo del viaje apartaran de su memoria la horrible presencia.

Una de esas travesías lo había llevado a la isla de Paros, muy al norte de Creta. Estando allí, durante la celebración de un sacrificio en honor de las Gracias, un turbado mensajero se acercó al altar y le susurró al oído. Todos los presentes advirtieron la gravedad de la noticia, pues el rey se quitó la corona y, con una señal de la mano, hizo cesar la música de las flautas. Después bajó del altar con el rostro descompuesto, como si un cuchillo estuviera removiéndose dentro de su cuerpo. En su corazón latía la pregunta que, ingenuamente, había creído no tener que hacerse nunca más: ¿cuándo consideraría Poseidón cumplida su venganza?

◦◦◦

Todo estaba preparado para las competiciones atléticas que había instituido Egeo, el rey de Atenas. Orgulloso del incipiente poderío de la ciudad, el respetado monarca había invitado a contendientes de todos los lugares de Grecia a los juegos para conmemorar la gran fiesta de las Panateneas con el propósito de asentar su dominio y propagar su fama entre los diferentes reinos. Los jóvenes atenienses esperaban con ansia el comienzo de la competición.

Poseidón, empero, había decidido que aquellos juegos le servirían para completar su venganza contra Minos y urdió una trama de la que el propio Egeo fue pieza importante.

Nada más comenzar las pruebas, estuvo claro que entre los participantes había un joven de extraordinario vigor y habilidad, un muchacho que vencía a todos sus contrincantes en carreras, pugilato, lanzamientos y tiro con arco. Nadie fue capaz de igualarse a él y muy pronto Egeo comprendió que aquella competición no iba a tener el resultado que había esperado. El campeón se llamaba Andrógeo y era hijo del rey Minos. Aprovechando la situación, el señor de los mares inoculó en Egeo una rabia profunda, un ataque de celos por el joven que había robado el protagonismo a su propio hijo, a su ciudad e incluso a él mismo.

Una vez terminadas las ceremonias de celebración, el rey de Atenas, resentido y contrariado, hizo llamar al muchacho. Poco sabía que se disponía a dar inicio a la conversación más importante de su vida.

—Has acaparado todos los honores, joven cretense —le dijo en tono áspero, impropio del trato entre gente principal.

—Espero no haberte ofendido por ello, gran rey Egeo, pues todos hemos competido lealmente. Son los dioses quienes me han concedido el honor de la victoria —respondió sabiamente Andrógeo.

Entonces el monarca decidió adular al muchacho que, sin experiencia, deslumbrado por las palabras elogiosas, no fue capaz de intuir siquiera las intenciones que ocultaban. El chico escuchaba con la mirada baja, azorado, sin saber qué decir, hasta que Egeo planteó su trampa.

—Sin duda estos triunfos acrecentarán tu fama y la de tu casa —dijo—. Pero debo poner en tu conocimiento que es posible llevar a cabo una gesta que sobresale por encima de todas esas victorias, una acción con la que conseguirías entrar en el privilegiado círculo de los héroes. —Andrógeo levantó la mirada con gesto de curiosidad e impaciencia—. El toro del mar está muy cerca de aquí —continuó el rey—. Hércules lo llevó a la tierra de Argos cumpliendo uno de los trabajos que le debía al rey Euristeo.

El hijo de Minos se sentía intrigado, inquieto incluso, pues sabía muy bien que la historia de ese toro había marcado para siempre la suya propia y la de toda su familia. Era una realidad inevitable, una presencia que martirizaba cada día a su padre y a su madre. Egeo percibió su turbación.

—Euristeo sintió por el toro la misma fascinación que tu padre y decidió dejarlo en libertad en los pastos de Tirinto —prosiguió—. El animal, sin embargo, no permaneció allí, sino que cruzó la Arcadia y llegó hasta esta tierra del Ática. Desde hace tiempo vive cerca de aquí, en la llanura de Maratón. Se ha convertido en una bestia infame que asola los campos y atemoriza a los hombres. —La agitación oprimía el pecho de Andrógeo. El rey de Atenas esbozó una leve sonrisa cuyo cinismo su joven interlocutor no percibió—. Tienes la oportunidad de acabar con la bestia y de liberar a tu familia de la vergüenza que supone su existencia. Hasta hoy ningún hombre se ha atrevido a enfrentarse a ella

El efecto de su discurso fue fulminante. Andrógeo había entrado en un estado de exaltación irrefrenable.

—Mañana partiré hacia Maratón —dijo con la mirada franca y sincera propia de los jóvenes. Luego inclinó le-

vemente la cabeza hacia el soberano en un gesto de respeto y salió de la estancia. Egeo sintió una gran satisfacción. Se levantó de la silla real y se dirigió hacia sus habitaciones privadas. Si el muchacho cumplía su palabra, al día siguiente dormiría en el Hades.

∞

La flota de Minos avistó el cabo sobre el que se alzaba el templo de Poseidón. Los barcos viraron lentamente hacia el oeste para poner las proas rumbo a la ciudad de Atenas, abrigados ya por la protectora línea de la costa. Sobre la cubierta de la embarcación real, el soberano observaba el templo del dios con el rostro apesadumbrado.

Había ordenado poner rumbo a Atenas desde Paros, donde se encontraba cuando recibió la noticia de la muerte de su hijo. El mensajero había narrado cómo el rey de Atenas había empujado a Andrógeo a combatir con el toro de Maratón. Ahora Minos marchaba contra Atenas dispuesto a tomar cumplida venganza. La muerte de su hijo le había deparado un vacío profundo y su alma estaba rota, herida por una cólera envenenada que no dejaba espacio para la piedad. Torció el gesto y apretó los labios, pues no podía dejar de pensar que ese toro era el causante de todas sus desgracias. Se preguntaba cuándo cesaría aquella pesadilla.

El ejército cretense tomó Mégara casi sin esfuerzo y, desde allí, sólidamente asentado, se dirigió hacia Atenas. En unos días cercó la ciudad y se dispuso a esperar que el hambre, la desesperación y el miedo hicieran su trabajo. Sus destacamentos incendiaron los campos, quemaron las cosechas y redujeron a escombros las aldeas cercanas. Desde las murallas, los atenienses observaban impotentes las columnas de humo que se alzaban de los olivos calcinados, las cabañas destruidas y los campos devastados.

Mas el tiempo pasaba y Atenas no daba muestras de flaqueza. Cada día, Minos esperaba con impaciencia que una delegación de la ciudad pidiera audiencia para negociar la rendición, pero las puertas de la muralla no se abrían y el asedio se prolongaba mientras se avecinaba el verano. Los consejeros del rey insistían en que el calor sería más duro para los sitiadores que para los sitiados.

Una tarde, con el sol a punto de ponerse, Minos se dirigió hacia la costa, pidió a su guardia que lo dejara solo y, como en los años de su juventud, se sentó de nuevo frente al mar con el ánimo abatido. Pasó mucho tiempo en silencio, meditabundo. Cuando ya asomaba la noche, el soberano de Creta alzó la cabeza, miró hacia los últimos flecos de luz, deshilachados sobre el horizonte, y rompió a llorar.

Los recuerdos se abalanzaron sobre su memoria como una manada de fieras mientras él se abandonaba al consuelo de las lágrimas. La roca escurrió sobre el mar el torrente de su llanto y, poco a poco, un sentimiento de alivio, de apacible desahogo, lo atrapó. Con los ojos fijos en la lejanía, las palabras escaparon de su boca sin apenas darse cuenta, dirigiéndose al señor de los dioses.

—Padre Zeus, alivia mi sufrimiento y haz que tu hermano Poseidón me conceda la paz. He pagado con creces mi codicia de antaño; he sufrido yo y también ha sufrido mi familia. Hace ya mucho que intento vivir guiado por la bondad y la justicia.—Respiró hondo y enjugó con las manos sus últimas lágrimas—. Mi hijo Andrógeo ha sido desmembrado por el

mismo toro que destrozó mi vida. ¿Debo volver a Creta sin hacerle justicia? ¿Debo aceptar la impunidad de Egeo? He pasado buena parte de mi vida dictando a mi pueblo leyes basadas en el respeto a los dioses y, por encima de todos ellos, a ti, garante del orden del mundo. Concédeme tú ahora, padre Zeus, la misma justicia que yo te he procurado.

Habiendo hablado así, se dirigió casi a tientas hacia el lugar donde brillaban las antorchas de su guardia. Mientras caminaba le invadió cierta serenidad, convencido de que Zeus no tardaría en enviarle una señal. Y esa señal llegó muy pronto.

Al cabo de unos días, una extraña enfermedad se abatió sobre Atenas. Amontonados en las casas y las calles, pues el asedio había provocado que gran parte de la población del Ática se refugiara en el interior de los muros de la ciudad, los atenienses estaban viviendo en condiciones penosas. La basura, los excrementos de animales y personas, las aguas pestilentes inundaban las calles. La enfermedad había hecho presa en ellos y, todos los días, las pilas de cadáveres ardían en las plazas de los barrios. Todas las mañanas aparecían nuevos enfermos, y ni médicos ni curanderos eran capaces de identificar el mal.

Los adivinos afirmaban que no se trataba de una peste provocada por los hombres, sino por los dioses. Sacerdotes de los templos de la ciudad, magos de oriente y adivinos de toda especie estuvieron de acuerdo en que la muerte de Andrógeo exigía una expiación por parte del rey de Atenas y que solo atendiendo las exigencias de Minos cesaría la enfermedad. De modo que, cuando la embajada enviada a consultar al oráculo de Delfos confirmó la predicción de los adivinos, Egeo no pudo hacer otra cosa que rendir la ciudad.

Los dos reyes se sentaron frente a frente ante la puerta principal de la ciudad, a más de un tiro de flecha de las murallas, con sus escoltas a cada lado situadas a distancia prudencial. Egeo acudía al encuentro convencido de que Atenas sería arrasada y preparado para perder él mismo la vida. Sin embargo, Minos se conformó con imponerle un tributo que, según aseguró, habría de ser duro. Sorprendido, el ateniense alabó su magnanimidad y se inclinó ante él, ofreciéndole su cetro en prueba de gratitud.

Sin embargo, el soberano de Creta no hizo ademán de cogerlo. Su rostro era totalmente inexpresivo, como el de una figura de barro. Con gesto displicente dijo:

—Aunque tus manos no mataron a mi hijo, tu mente artera y tu naturaleza vengativa lo empujaron a la muerte. Ahora tú y Atenas pagaréis también con sangre, igual que he pagado yo. Anualmente, siete muchachos y siete doncellas atenienses serán llevados a Creta para servir de alimento al vástago del toro que ha matado a mi hijo. Así, cada año sentiréis el dolor que yo sufro cada día.

Minos se levantó del sitial y se fue sin pronunciar una sola palabra más. No vio que, entre el séquito que acompañaba a Egeo, se encontraba un joven cuyo porte se parecía al de su hijo muerto; tampoco vio que, al escuchar sus palabras, una luz brilló en los ojos de aquel muchacho, un fulgor blanco e intenso, como una estrella capaz de iluminar el cielo al mediodía.

4

Un hilo en el laberinto

Minos oteaba la nave desde el espigón del puerto. La tripulación estaba ya arriando la gran vela que, en el centro de la tela, tenía dibujado el símbolo de la ciudad de Atenas, el reino de Egeo. El rey cretense observaba la maniobra, se fijaba en la destreza de los marineros al deslizar los remos sobre el agua, bogando con pericia hacia la bocana. Sin embargo, algo perturbaba el placer que siempre sentía al ver llegar la nave ateniense cargada con el tributo humano.

Intentó concentrarse en ese placer, en la dulce certeza de saberse poderoso y justo al mismo tiempo, pero seguía sintiendo un indefinible desasosiego, un leve presentimiento que no era capaz de concretar. Entonces reparó en la vela de la nave: era una lóbrega tela de color negro. Nunca antes había visto un velamen semejante en ningún barco ateniense.

Era la tercera vez que llegaba a Cnosos el barco con el tributo, pero nunca antes había visto arribar un bajel como ese. Mientras atracaba en el muelle, Minos buscó con la mirada a su esposa, en cuyo rostro creyó ver reflejada una huella de ansiedad, como si ella estuviera haciéndose las mismas preguntas que él.

Se volvió hacia la cubierta de la nave. Ya se veían las siluetas de los marineros, la presencia grave y recia del capitán, y un grupo de jóvenes, muchachas y muchachos, figuras trémulas en la distancia, entregadas de antemano a un destino cruel. En medio de los cuerpos rotundos de los marineros, aquellos jóvenes parecían palomas asustadas que, encogidos, intentaran esconderse en una tierra yerma, sin refugio ante el ataque del halcón. Mas uno de ellos tenía un porte diferente: su cabeza estaba erguida, la presencia de su cuerpo, el gesto de su rostro y la fuerza que transmitían sus brazos y anchas espaldas subrayaban su actitud altiva y provocadora.

El soberano abandonó la compañía de su esposa y se dirigió al lugar de atraque. Mientras se acercaba, la imagen de aquel muchacho se iba definiendo. Minos vio entonces que su mirada lo desafiaba abiertamente y que todo su cuerpo armaba ese desafío.

∞

—He decidido partir hacia Creta con el próximo contingente, padre.

La voz de Teseo sonaba decidida. Egeo lo miró a los ojos con un punto de tristeza, intuyendo que su hijo había tomado una decisión inquebrantable, y le contestó.

—Sé que nuestra relación ha sido sinuosa, pero hace mucho ya que estamos unidos, en equilibrio. ¿Por qué no te quedas aquí, conmigo, y dejas que la suerte designe a quienes deban ir a Creta? Si vas tú, servirás de pasto al Minotauro y mi reino no tendrá un heredero.

Teseo tomó las manos de su padre.

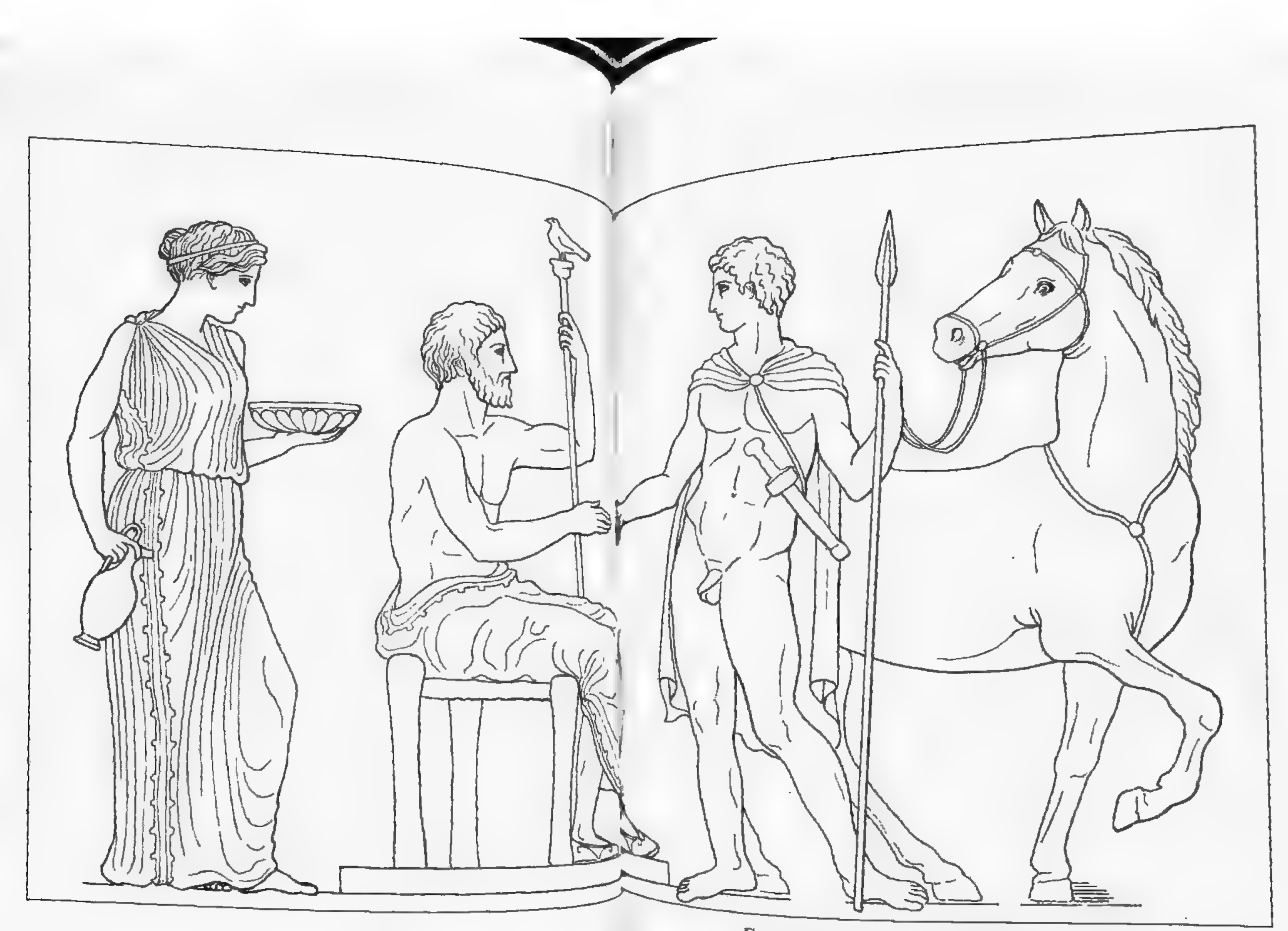
—No navegaré tan lejos para aceptar resignadamente mi muerte. Hace tiempo me pediste que luchara con el toro de Maratón, y lo hice. Vencí al toro, lo encadené y lo sacrifiqué en honor de Apolo. Entonces no me habías contado todavía que esa bestia era el padre del monstruo de Cnosos ni que había vencido al animal que hizo rey a Minos. Pero sí sé una cosa —añadió—, el hijo no será más fuerte que el padre. Según he oído, en realidad es un hombre con cabeza de toro, un ser grotesco cuya muerte no dolerá a nadie. Acabaré con él, liberaré a nuestra ciudad de ese tributo vergonzante y le demostraré al soberano de Creta que su poder no es eterno.

Egeo percibió la determinación de su hijo, su férrea voluntad, su deseo de convertirse en un héroe y perdurar en la memoria de los hombres.

—Eres joven. Ahora estás convencido de que podrás vencer cualquier obstáculo y de que la gloria te compensará de todo sufrimiento. Pero la vida es lo único que tenemos, hijo, lo único a lo que debemos aferrarnos. Si mueres, la fama no te la devolverá, ni podré recuperar yo mi alegría.

Teseo miró con ternura a su padre, deseando que sus palabras le procuraran consuelo.

—No podría vivir sin haber intentado liberar a mi patria de este tributo. Ahora tengo la fuerza y la voluntad de emular



Egeo percibía la determinación de su hijo Teseo de convertirse en un héroe.

a los héroes del pasado. Me vencerá, como a ti, la edad, no el Minotauro, y cuando llegue ese momento y la vejez me impida empuñar una espada o una lanza, entonces quiero contar a mis hijos, a la luz del fuego, rodeado de quienes me amen, que un día vencí y maté al toro de Minos.

Padre e hijo se miraron intensamente a los ojos, hasta que Teseo respiró profundamente, notando el perfume del mar. Se volvió hacia la colina sagrada y los edificios de la ciudad asentados sobre ella.

—Partimos mañana —dijo—. Necesito descansar para reponer fuerzas.

Egeo se sentía orgulloso. Se levantó de su sitial y tomó del brazo a su hijo.

—Ve tranquilo, no intentaré disuadirte ya, pues veo que tu decisión es firme. Cada tarde iré al cabo Sunion para otear desde allí el horizonte de las aguas. Acudiré sin falta con la esperanza de que los dioses hayan escuchado mis plegarias y pueda divisar la nave en la que regresas cargado de honor, fama y gloria. Al ver aparecer tus velas podré descansar por fin, sabiendo que estás vivo y que esta ciudad tiene un heredero capaz de hacerla prosperar a través del incierto camino del futuro —miró a su hijo con un gesto de súplica—. Pero debes prometerme una cosa.

El joven esbozó una sonrisa.

—Muy bien, padre, estoy seguro de que no me costará darte satisfacción. ¿Qué debo prometerte?

—Mañana zarparás en la mejor de nuestras naves y la aparejarás con una gran vela que la hará volar hacia Creta. Si tienes éxito y, con la ayuda de los dioses, consigues matar al Minotauro y descargar a nuestro reino del tributo anual,

entonces un porvenir prometedor se abrirá ante nosotros —explicó el anciano, conmovido—. Zarparás con una vela negra, símbolo de ese futuro sombrío que ahora acecha a nuestro reino. Mas si regresas vivo, cambiarás de vela; colgarás de la verga una hermosa vela blanca, luminosa, tan radiante como habrá de ser la fortuna de nuestra ciudad si consigues liberarla. De esa manera, yo, desde la cima del promontorio, conoceré tu triunfo antes de que pongas el pie en tierra.

Al amanecer del día siguiente, la nave partió de Atenas impulsada por una gran vela negra. El viento del norte era favorable y la nave cabalgaba sobre un mar que la llevaba en volandas, suavemente, hacia el sur. Sobre la cubierta, mirando hacia tierra, Teseo vio desaparecer la silueta de su padre engullida por la distancia, y tuvo la corazonada de que nunca más volvería a verlo vivo.

◦◦◦

En el palacio de Cnosos, la ceremonia estaba a punto de comenzar. El patio central estaba engalanado con guirnaldas de flores y figuras de bronce; sobre las terrazas relucían los símbolos del poder de Minos: la doble hacha, destinada a los sacrificios rituales, y los cuernos del toro, el animal sagrado, el símbolo del dios que muge en los cielos. Durante los días anteriores, los trabajadores del palacio se habían afanado para tenerlo todo a punto: los sitiales del soberano y de su esposa, las sillas de los funcionarios, los bancos de la gente común, el altar para el sacrificio y, sobre todo, el reducto en el que estarían presentes, a ojos de todos, los desdichados llegados de Atenas.

Los catorce infortunados jóvenes habían comprobado ya durante la noche lo que significaba la esclavitud. Desde el puerto habían sido conducidos a una estancia del palacio en cuyas paredes aparecían dibujadas figuras de hombres, mujeres y animales en ritos sacrificiales. Teseo se había fijado en aquellas imágenes largo rato, viendo cómo el toro prevalecía entre todas: toros engalanados conducidos al sacrificio, toros con los que jugaban hombres y mujeres en una suerte de competición sobre cuyas reglas y sentido solo podía especular.

El joven ateniense se sentía tranquilo, seguro de sí mismo y dispuesto a volver a su patria como un héroe. Mientras, absorto, intentaba visualizar lo que le esperaba, recordó lo que su padre tantas veces le había contado: el toro y Europa, el toro del mar, que Poseidón había hecho surgir de las aguas, el repugnante amor de la reina por la bestia. Comprendió entonces que la presencia de aquel animal era inevitable en la isla de Creta. Él ya había matado a uno de esos toros y mataría también a su grotesco hijo.

Repentinamente, la puerta se abrió con estrépito. La claridad del sol no había penetrado todavía por el pequeño tragaluz que servía de ventilación a la estancia. Los haces de fuego de las antorchas vibraron al recibir el soplo de aire desde el pasillo exterior y, a su oscilante luz, los jóvenes vieron entrar a una docena de sirvientes palaciegos ataviados de la misma manera. Delante de ellos caminaba un hombre grueso que vestía una falda redonda por la parte delantera y terminada en pico a la espalda; tenía el torso desnudo y en torno a su cuello un collar blanco relumbraba con rotundidad sobre la piel morena. Tras él, los demás

sirvientes traían ropas, aceites, ungüentos y recipientes llenos de agua.

—¡Desnudaos! —ordenó sin ceremonia alguna.

Obedecieron y dejaron sobre el suelo sus ropas. El frío contrajo sus músculos y les erizó el vello mientras el jefe de los sirvientes se les acercaba. Con gesto inexpresivo, se aproximó a la primera de las muchachas, la rodeó observando su cuerpo, tocó sus pechos, sus nalgas y, finalmente, introdujo la mano entre sus piernas para comprobar que, como exigía la ceremonia, su virginidad estuviera intacta. Resignada, la muchacha contrajo el vientre y emitió un leve gemido de dolor. Mirándola fugazmente, Teseo la exhortó a mantener la calma.

Cuando hubo terminado con las siete muchachas, el hierático servidor cretense se acercó a los jóvenes, examinando sus cuerpos, comprobando con detenimiento sus miembros y que no estuvieran circuncidados. Una oleada de indignación invadió a Teseo, que se esforzaba por contener su ira y reservarla para los momentos que se avecinaban. Una vez que el funcionario concluyó la inspección, los otros sirvientes, tan callados como él, lavaron los cuerpos de los jóvenes, los ungieron con aceites y perfumes, y los vistieron al estilo de los nobles cretenses. Guarnecieron sus cabezas con guirnaldas de flores y adornaron con collares sus torsos desnudos. Alguna de las muchachas no pudo contener las lágrimas.

El grupo de atenienses se sintió aliviado cuando la comitiva de servidores se fue, cerrando de nuevo la puerta tras de sí. Un hilo de sol entró entonces por el tragaluz y Teseo supo que su destino, como el de los jóvenes que lo acompañaban, comenzaba a cumplirse. Lleno de seguridad, les dijo:

—Confiad en mí, os doy mi palabra de que ninguno de nosotros morirá en Creta. Pronto viajaremos de nuevo rumbo a nuestra patria.

Sus palabras resonaron en la celda como el eco de un sueño imposible. Él mismo percibió que, al acercarse el momento decisivo, una pequeña nube, una sombra de duda batía como un ariete las murallas de su firme voluntad.

◇◇◇

El sol iluminaba ya el patio cuando comenzó la procesión. El recinto estaba lleno: Minos y Pasífae ocupaban el lugar central, sobre una tarima de madera; funcionarios, nobles, sacerdotes y gente común observaban con avidez a los catorce jóvenes asustados, con sus cuerpos encogidos. Las muchachas hacían penosos esfuerzos por ocultar sus pechos desnudos y mantener un punto de dignidad en aquella situación que era solo la antesala de la muerte. Entre todos ellos, un joven llamaba la atención: su cuerpo era la torre de defensa de una muralla que intentaba brindar a sus desdichados compañeros una protección que parecía imposible.

El rey lo miraba con recelo, hurgando una y otra vez en el abismo de su memoria en busca del lugar o el momento en que lo había visto antes. Detrás del soberano, sobre un asiento de madera labrada, una muchacha contemplaba absorta al desafiante extranjero. No podía apartar la vista de su rostro; percibía su determinación, su fuerza, su audacia; admiraba sus piernas abiertas, que apoyaba en el suelo semejante a un coloso, sus brazos fuertes como árboles, sus ojos profundos, y su torso erguido en aquel estrado como un roble en medio de un desierto. Era Ariadna, hija de Minos.

Durante toda la mañana se prolongó la ceremonia. Cuando el sol estaba en lo más alto, un toro blanco, hermoso, fue conducido hacia el altar, donde esperaba un sacerdote que empuñaba una doble hacha. El animal estaba ataviado con coronas, guirnaldas y líneas de pintura roja que, cruzándose unas con otras, daban a su lomo y sus ijares el aspecto de un enrevesado diseño de pasadizos y recovecos.

El animal llegó junto al altar y fue atado a una anilla de bronce firmemente sujeta al suelo. Su testuz quedó inclinada, como si estuviera olisqueando la hierba de un prado imaginario. El sacerdote se acercó, pidió la venia del rey con la mirada y esperó. Cuando llegó la señal, descargó sobre el cuello del toro el filo del hacha, que cercenó los tejidos, los tendones y los huesos con la facilidad con que la proa de una nave rasga la superficie del mar.

La enorme bestia se derrumbó en medio de un río de sangre. Un grito unánime resonó en el patio del palacio como emitido por un solo cuerpo, una sola voz nacida de la misma garganta. Las víctimas atenienses vieron entonces que el rey abandonaba su estrado y se encaminaba directamente hacia ellos, seguido por la reina y sus hijos. Uno de ellos llevaba las armas que en otro tiempo habían pertenecido a Andrógeo y, a su lado, marchaba Ariadna con la mirada fija en el hermoso extranjero que, delante de los demás cautivos, parecía estar esperándolos.

—La ceremonia ha concluido —dijo Minos—. Mañana seréis entregados al hombre toro para expiar la injusta muerte de mi hijo, asesinado sin motivo, destrozado por orden de vuestro rey. Lo que queda de este día es lo que os resta de vida. Intentad disfrutarlo —añadió con amarga ironía.

—Muy seguro estás de tus palabras, rey —la voz de Teseo rompió el silencio—. Sin embargo, yo ya he vencido a la fiera que mató a tu hijo. Acabaré ahora sin dificultad con el hijo de tu esposa y de aquel animal al que Andrógeo no fue capaz de hacer frente.

Minos clavó sus ojos en aquel muchacho altivo. Intentaba contener su terrible odio, pretendiendo aparentar que aquellas palabras no le habían causado ningún efecto. Con un gesto de desprecio, indicó a los guardias que devolvieran a los prisioneros a su celda, donde habrían de pasar las últimas horas de sus vidas. Luego dio media vuelta y, con su esposa y sus hijos detrás de él, se alejó sintiendo las palabras del joven clavadas en su ánimo.

Mientras se distanciaba, la luz se hizo en su memoria y recordó el momento en que impuso el tributo a Egeo, a los pies de los muros de Atenas. Aquel muchacho de actitud altiva formaba parte del séquito del rey. ¿Qué hacía ahora allí, en medio de ese patético grupo de jóvenes asustados? A pesar del trágico destino al que se encaminaba, mantenía el mismo porte, la misma actitud orgullosa, envanecida. Una nube de inquietud ensombreció su ánimo.

Volvió la cabeza y vio que su hija Ariadna, con los ojos clavados en el ateniense, estaba al borde del llanto.

◇◇◇

La noche había caído ya sobre el palacio de Minos. El silencio bañaba Cnosos como un negro presagio mientras, en las celdas donde estaban los atenienses, solo se oía el exiguo rumor de los sollozos. Teseo estaba aislado por orden del rey. El joven contemplaba la ilusoria luz de la única antorcha que

iluminaba levemente la estancia, haciendo que las paredes vibraran como si estuvieran sobre la superficie de un estanque y, según se acercaba la hora, empezaba a flaquear y a sentir miedo. No temía a la muerte, sino al fracaso. Este era el peor vacío, el más desolador de los desiertos. Abrigaba el único temor que todo héroe siente alguna vez: el miedo al olvido.

Un rumor de pasos fuera de la celda lo sobresaltó. Dejó de respirar un momento, intentando afinar su oído. La puerta se abrió despacio y la llama de una antorcha proyectó su luz hacia el interior del cubículo; Teseo se levantó, en guardia.

Tres hombres entraron en la estancia. Aunque la luz deformaba los rostros, Teseo percibió inmediatamente la figura del rey, y un escalofrío heló su espalda. El porte de Minos era soberbio; su rostro, imponente. Antes de que pudiera siquiera imaginar una estrategia, la voz del rey rompió el silencio.

—Esta mañana has hablado con arrogancia, Teseo.

Aquellas palabras sorprendieron al joven ateniense. Balbuceó una respuesta, intentó mantener la calma y escudriñar en los ojos del monarca algún indicio que le hiciera saber sus intenciones, pero solo un hilo de voz brotó de su boca.

—¿Cómo sabes quién soy?

Minos avanzó unos pasos y las siluetas de los dos guardias que lo acompañaban quedaron ocultas en la penumbra. Su rostro, acariciado por la luz de las antorchas, se revistió de un tono dorado.

—Te vi hace ya tiempo —contestó—, el día en que tu padre se postró ante mí y me ofreció su cetro después de haber rendido su ciudad. Esta mañana, durante la ceremonia, tu porte altivo, tu rostro engreído me han hecho recordar aquella escena.

Minos hablaba con calma, sin animadversión, y Teseo lo observaba con prevención.

—Esta mañana te has jactado de haber vencido al toro que mató a mi hijo. Lo has hecho con la intención de provocarme, de herirme, pues supongo que tu padre ya te habrá contado la procedencia de ese animal y la desgracia que acarreó no solo para mí, sino para toda mi familia.

El monarca inclinó la cabeza hacia atrás y fijó la mirada en las sombras dibujadas sobre el techo. Teseo no se atrevió a intervenir.

—He venido a decirte que has conseguido todo lo contrario. Tus palabras me han aliviado hasta un punto que ni siquiera puedes imaginar. Ahora sé que, gracias a ti, el toro del mar está muerto. Has mitigado una parte de mi dolor sin proponértelo, muchacho.

Teseo prolongó su silencio. Había imaginado muchas cosas desde que desembarcó en Creta, pero aquella conversación escapaba por completo a sus previsiones. Desconcertado, se dio cuenta de que Minos no había terminado todavía.

—Mañana, cuando en compañía de tus compañeros seas entregado al hijo de ese toro, conseguirás que mi dolor se alivie mucho más todavía —concluyó el monarca cretense.

Una pequeña luz, un breve destello se encendió en la mente de Teseo. Recuperando algo de seguridad en sí mismo, se atrevió a decir:

—¿Y cómo es posible tal cosa? ¿Cómo esperas que yo alivie tu dolor?

Minos no movió un solo músculo; ninguna emoción se dibujó en su rostro ni en sus palabras.

—Mañana te enfrentarás al hijo del toro del mar. No saldrás vivo de ese encuentro y, por fin, Egeo sufrirá con tu muerte lo que yo sufrí con la de mi hijo Andrógeo. Mas si un dios te concede su ayuda y consigues derrotarlo, como ocurrió cuando te enfrentaste a su padre, entonces mi dicha será completa.

—¿Cómo puedes alegrarte de mi victoria? —preguntó Teseo confundido.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Minos; sin inmutarse, moviéndose lentamente, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Una vez allí, flanqueado por los dos guardias, displicentemente, dijo:

—Si vences al hijo del toro me concederás una doble satisfacción. Su muerte será solo el preludio de la tuya, pues nunca lograrás encontrar la salida del lugar en que se encuentra su guarida. Me librarías así de la maldita presencia del hombre toro y, a la vez, me concederías el placer de saber que ni tú ni tu padre podréis gozar jamás de esa victoria; nadie lo sabrá nunca, nadie recordará tu gesta. Mi venganza se cumplirá por completo y tu nombre caerá en el olvido, como si nunca hubieses existido.

A punto ya de franquear el umbral, Minos añadió:

—Mañana será un gran día, Teseo. Un gran día para mí y para mi reino.

◦◦◦

Sobre el palacio de Minos se abatía el silencio y una oscura nube tapizaba el cielo, ocultando la escasa luz de una luna menguante. Desde su celda, Teseo creyó oír un extraño grito, un bramido agudo que se filtraba a través de las paredes

como una corriente de aire. No había viento, la noche estaba en calma; no era capaz de imaginar el origen de aquel lejano quejido; no podía identificarlo.

Las palabras del rey se habían clavado en su memoria, aleteaban en su interior como una bandada de pájaros negros y su ánimo, como la noche, estaba lleno de sombras. «Tu nombre caerá en el olvido», recordaba, y una desconocida ansiedad lo atrapaba. Nunca había imaginado el anonimato; nunca había sido capaz de vivir sin la esperanza de formar parte de una leyenda que proyectara su nombre y sus gestas hacia el futuro.

Cerró los ojos, intentando alejar de su mente los malos presagios; en su interior se libraba una batalla cuyas armas herían más que el bronce de los enemigos, y sentía por primera vez la tentación de abandonarse, de rendirse a un adversario que no tenía rostro. Entonces oyó pasos de nuevo, palabras entrecortadas, un instante de silencio y, otra vez, el ruido de cerrojos de la puerta. Tenso, se sentó en su camastro.

—No temas —era la voz de una mujer, dulce como la miel, sonora como la fuente de un río—. He venido para ayudarte.

Intentaba respirar pausadamente, convencerse de que no estaba en medio de un sueño. La mujer que tenía delante era joven y hermosa. Un manto cubría sus hombros y, detrás de una ligera túnica que apenas ocultaba su cuerpo, Teseo intuyó sus pechos, su vientre, la suave curva de sus caderas, sus muslos.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Qué pretendes? —Su voz sonaba extraña, embelesada por la visión de la muchacha, atrapada por la belleza de su rostro y la indecible luz azul que nacía de sus ojos.

—Me llamo Ariadna, soy la hija de Minos.

Teseo intentó decir algo, pero ella puso la mano sobre sus labios. El joven ateniense percibió el aroma adherido a los dedos de la muchacha; su voluntad se paralizó.

—No digas nada, Teseo de Atenas. No tengo mucho tiempo y si mi padre descubre que estoy contigo, todo estará perdido.

El joven ateniense obedeció. Un rayo de luz se filtró en la espesa oscuridad de su ánimo.

—Al alba serás conducido a un lugar que nosotros llamamos laberinto. Es un edificio construido por un compatriota tuyo del que sin duda habrás oído hablar. Su nombre es Dédalo.

El rostro de Teseo se ensombreció de repente. Conocía muy bien la habilidad de aquel ateniense desterrado. Ariadna continuó:

—Dédalo construyó por orden de mi padre una guarida para el monstruo y, a la vez, una tumba para todo aquel que se internara en él. Hace ya años que tus compatriotas sirven de pasto al hombre toro, cumpliendo así la pena que tu ciudad paga por la muerte de mi hermano.

La muchacha se acercó al camastro. Teseo vio entonces que llevaba en sus manos un pequeño vaso de cerámica.

—Voy a impregnar tu cuerpo con una mezcla de aceites, regalo de mi madre. Mañana te será más fácil escapar al abrazo mortal del Minotauro si tu cuerpo es escurridizo y no puede sujetarte con fuerza.

Teseo se tumbó sobre el camastro. Entonces Ariadna desprendió por completo la ropa del cuerpo de Teseo; observa-

ba sus brazos, su torso, sus piernas. Dejó que un hilo de aceite cayera sobre su pecho. Como un río atraviesa la llanura describiendo amplios meandros que parecen mudar de dirección, y el curso de agua cambia para retomar constantemente el sentido en el que fluye, así se deslizaban las manos de Ariadna; así recorrían su piel. El ateniense había perdido la conciencia, transportado por las manos de la muchacha a un mundo desconocido del que no quisiera volver.

Cuando Ariadna cesó, Teseo se incorporó, mirándola, sintiendo una oleada de ternura, de agradecimiento.

—¿Por qué me ayudas?

Entonces ella sacó del interior de sus ropas lo que parecía un ovillo de lana. Con el rostro serio, dijo:

—Comparto el dolor de mi padre por la muerte de mi hermano, pero no apruebo su venganza. Siempre he tenido la esperanza de que alguno de tus compatriotas consiguiera acabar con el hombre toro y procurara por fin el descanso a mis padres. Por fin, creo que ha llegado ese momento.

Teseo escuchaba atónito a la muchacha. De pronto sintió una profunda confianza, una sensación de complicidad.

—¿Y cómo saldré de la guarida construida por Dédalo?

—Este hilo te sacará del laberinto —dijo—. Es una mezcla extraña, fruto de las artes del hombre que construyó la guarida del Minotauro. Hace tiempo que Dédalo desea también terminar con esta pesadilla de la que se siente en parte responsable. Él me ha entregado este ovillo con la intención de que puedas salir del laberinto si consigues vencer al monstruo.

Teseo se fijó en las inquietas manos de Ariadna, que, nerviosas, daban vueltas al ovillo. No dijo nada. De repente la



Teseo se fijó en las manos de Ariadna, que, nerviosas, daban vueltas al ovillo.

esperanza renació en su ánimo y, ansioso, dejó que la muchacha continuara.

—Creo que es una amalgama de oro y lana, muy difícil de romper. Cuando entres en la guarida del monstruo fija un extremo a un lugar cercano a la salida y ata el resto a tu cinturón dejando que el hilo se vaya desmadejando sin trabarse. Será tu salvoconducto para volver a la vida.

Ella le entregó el ovillo y se dirigió hacia la puerta.

—Tengo que irme ya. Está a punto de amanecer.

Esperó un momento antes de abrir la puerta, pero Teseo no se levantó del catre, no dijo una palabra más, no hizo ningún gesto. Ariadna salió de la celda y un triste escalofrío recorrió su cuerpo.

5

Sombras sobre la isla de Naxos

El laberinto era el territorio de las sombras. Teseo avanzaba lentamente, intentando adaptar sus ojos a la oscuridad y a la débil y parpadeante luz de las antorchas que, de trecho en trecho, iluminaban los primeros pasillos de la construcción. Había dejado detrás a sus compañeros de infortunio, cerca de la salida, esperando, y les había prometido volver a por ellos después de haber vencido al Minotauro.

En su cintura brillaba el hilo de Ariadna, que se iba desmadejando a cada paso, mientras él procuraba concentrarse en el monstruo, estar preparado para su embestida. La luz iba disminuyendo a medida que doblaba uno y otro recodo, internándose en el laberinto. Las antorchas se espaciaban cada vez más y su luz poblaba las paredes de fantasmas. Avanzando a través de múltiples galerías, sin saber adónde iba ni qué dirección era la correcta, Teseo palpaba el hilo constantemente, consciente de que su vida pendía de él: comprobaba

su tensión, se estremecía al pensar que podía romperse, y sentía un gélido escalofrío al imaginarse perdido en aquel lugar, abandonado, asediado por el eterno silencio.

Detuvo sus pasos, conteniendo la respiración, aguzando sus sentidos, pero apenas veía nada, nada oía. Seguía caminando, despacio, en guardia, y tenía la sensación de que las galerías se cruzaban sin parar. En el techo algunos tragaluces dejaban entrar finas hebras de luz sobre las que se dibujaban haces de polvo, y Teseo se sentía abandonado a su suerte, solo, sumergido en un océano donde las olas se cruzaban, crecían y desaparecían.

Antes de entrar en una zona de completa oscuridad, Teseo arrancó una de las antorchas; arrimó su luz a las paredes, levantadas con hiladas de piedra perfectamente trabajada. Se detuvo a observar las columnas que sujetaban el techo: se engrosaban a medida que crecían y sus fustes eran del color rojo brillante de la sangre; acercaba la llama de la antorcha y veía que tenían una franja negra en la base y en los capiteles, como si la oscuridad del lugar las hubiese teñido con su manto de sombras.

De pronto, vio una escalera que se dirigía hacia el interior de la tierra y levantó la antorcha tratando de penetrar la oscuridad. Tocó el hilo para comprobar su tensión y comenzó el descenso. Los tragaluces habían desaparecido, las antorchas de las paredes estaban apagadas, secas, abandonadas desde hacía mucho tiempo. Había llegado a otro nivel del edificio: el suelo era de arena, las paredes de un tipo de piedra tosca, irregular. El pasillo parecía girar y Teseo tenía la sensación de que era un anillo amplio que recorría todo el perímetro del edificio; notaba un olor a establo, dulzón y penetrante,

mientras el corredor se ensanchaba y la luz de la antorcha se iba extinguiendo.

El joven ateniense se detuvo un momento. Sus ojos se había acostumbrado a la oscuridad y podía ver algunos pequeños orificios de ventilación que con su mísera luz teñían de gris las tinieblas del laberinto. Un nuevo olor comenzaba a filtrarse. Intentaba identificarlo, aspiraba con calma mientras seguía andando despacio, con el presentimiento de que algo o alguien lo estaban observando.

Se volvió justo a tiempo de ver que una sombra desaparecía en una esquina; mantuvo la mirada fija en el lugar, pero nada se movía, nada se columbraba. Intentaba alejar el miedo que lo invadía, no dejarse llevar por las imágenes que, desordenadamente, lo asediaban. Entonces sus pies tropezaron con un objeto que rodaba por el suelo: se fijó en el ruido que había producido al desplazarse, como si alguien hubiera arrojado un manojo de tabas. Cuando se agachó, el olor se hizo más intenso: palpó, intentando identificar lo que tocaban sus dedos. Enseguida, la imagen se dibujó en su mente. Era un hueso, un hueso humano.

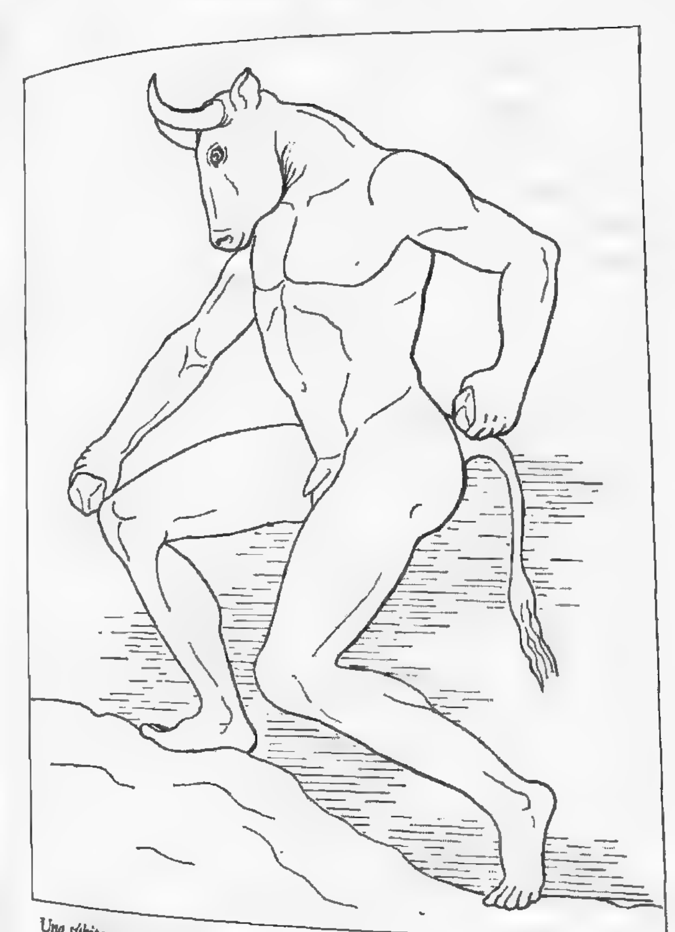
Un escalofrío encogió su cuerpo mientras empezaba a sudar; el ungüento de Ariadna surgía de sus poros, notaba la humedad en sus miembros. Se despojó de la túnica con cuidado. Con sus ojos cada vez más hechos a la escasa luz, creyó distinguir sobre el suelo más huesos, hierba sucia, seca, forraje manchado de sangre. Advirtió que se encontraba en una estancia algo más ancha, un lugar de pesadilla. Por un momento imaginó el destino del monstruo, su vida entre las tinieblas de aquella tumba, su sentencia a una noche perpetua, como si estuviera en vida condenado al Hades.

Entonces recordó las palabras de Minos y el pánico hizo que todo su cuerpo se estremeciera. Tocó de nuevo el hilo, y la imagen de Ariadna acudió a su mente. El rostro de la muchacha iluminó la oscuridad de su ánimo y pensó en la deuda que estaba contrayendo con ella.

Un ruido reverberado llegó a través de las galerías y lo sacó de sus pensamientos. No podía distinguir qué era, pero detuvo su respiración, aguzó todos sus sentidos, olfateaba, intentaba oír. Lo percibía cada vez mejor en la distancia: era un resoplido ronco, una respiración de fiera. Dio dos vueltas al hilo salvador sobre su cintura, lo pasó por debajo de sus brazos, no quería imaginar siquiera la posibilidad de que se rompiera, no podía soportar la idea de morir en aquel lugar sin luz, lejos de todo, sin fama, sin honor, perdido en el erial helado del olvido.

El resuello se acercaba, oía la respiración, el jadeo de la bestia, ya podía incluso oler el fétido hálito, el acre tufo que desprendía su cuerpo. El héroe tensó su torso, afianzó las piernas, preparó sus brazos para golpear, impulsados por sus poderosos músculos a punto de estallar. Una súbita paz lo envolvió al vislumbrar por fin la figura del hombre toro apareciendo en la esquina opuesta de la estancia; el Minotauro no había detectado todavía su presencia, quizá el olor del aceite que impregnaba su cuerpo lo confundía; abría y cerraba sus fosas nasales olisqueando el aire y exhalaba chorros de una mucosidad blanquecina, pegajosa, maloliente. Tampoco lo había visto todavía, pero intuía su presencia, lo buscaba.

Teseo se había escondido debajo de la paja sucia conteniendo las náuseas, respirando despacio, decidido a dar el primer



Una súbita paz envolvió a Teseo al vislumbrar por fin la figura del hombre toro.

golpe. Desde allí lo veía perfectamente: brazos de acero, piernas de mármol, cerdas hirsutas recorriendo su cuerpo, costras sanguinolentas infestadas de parásitos latiendo sobre sangre seca. Dos pitones afilados y ennegrecidos coronaban su frente, belfos enormes y húmedos, fauces semiabiertas, dientes biliosos y unos ojos grandes, enrojecidos, de pupilas dilatadas por la oscuridad, una mirada que transmitía resentimiento y tristeza. Mientras se acercaba, no dejaba de gruñir, inquieto.

Repentinamente se derrumbó en medio de un sordo estertor. Teseo se levantó y vio el hilo enredado en sus pies; el hilo de Ariadna lo había derribado. El Minotauro rugía, tensaba el hilo para romperlo y liberarse de él, pero estaba muy enredado y a cada intento se enmarañaba más. Sacudiéndose rabioso, solo conseguía que el hilo penetrara en su carne, hundiéndose en sus tejidos como un cuchillo en un pedazo de queso. Teseo se incorporó, vio la tensión del hilo, sabía que si se rompía estaba condenado a una muerte lenta y cruel. No podía perder tiempo. Se lanzó sobre el monstruo.

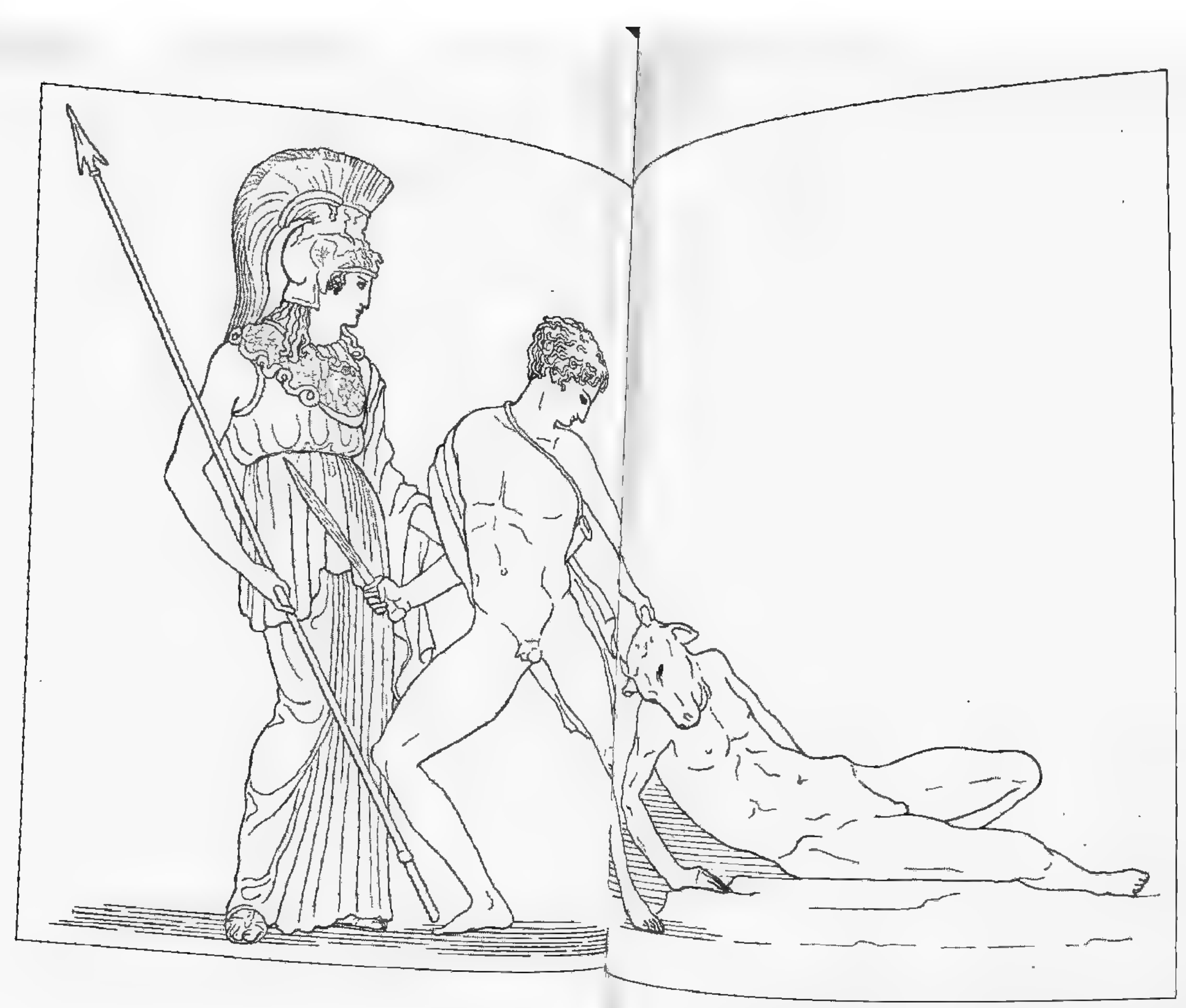
La bestia lo vio cuando estaba ya encima. Sintió un golpe en la cabeza y su visión se llenó de pequeños puntos de luz, un dolor agudo lo envolvía, rugía, se levantaba con el hilo mordiendo su carne, intentaba desprenderse de él, pero solo conseguía cortarse aún más. Veía delante la silueta de un hombre que se lanzaba una y otra vez sobre él, otro golpe se estrellaba sobre sus belfos, saboreaba su sangre y veía que el hombre se alejaba de nuevo. Se concentraba, debía atraparlo cuando se volviera a acercar, lo miraba a los ojos pero no podía avanzar, estaba atrapado por el hilo. La bestia escudriñaba fijamente, bramaba y escupía saliva sanguinolenta hacia su atacante. Lo oía hablar, gritar, pero en su voz no había

miedo, sino determinación. Esperaría hasta que arremetiera de nuevo contra él. Por fin lo había atrapado, lo abrazaba contra su cuerpo, decidido a quebrar sus huesos, a reventar sus órganos, mas se escurría entre sus brazos, se deslizaba sin remedio. De nuevo sintió un golpe en la cabeza, y luego otro más, la sangre en su boca, otro golpe, sangre en su cara, en el suelo, la paja húmeda se había manchado de rojo, el terrible dolor del hilo incrustado en su carne, otro golpe en su sien, crujido de huesos, no era capaz de mantenerse en pie, se derrumbó con estruendo, sintiendo el impacto contra el suelo en todo el cuerpo, un horrible dolor en su cabeza, otro golpe, sangre, sufrimiento, negrura, silencio y, por fin, descanso, calma, nada.

Teseo contemplaba los estertores del monstruo, las convulsiones que se apoderaban de su cuerpo. El hilo que seccionaba su carne estaba en tensión y, de repente, se rompió. El terror apresó al héroe al ver que la hebra se retiraba, deslizándose hacia el interior del laberinto. Sin pensarlo, se lanzó al suelo, la atrapó, se hirió con él la palma de la mano; un grito de dolor escapó de su garganta al notar la trama hendiendo su piel, pero no la soltó, la enrolló alrededor de su muñeca para evitar que se escurriera, la aferró como un náufrago desamparado aferra el cabo salvador que lo mantiene unido a la nave en medio del océano.

◦◦◦

El sol estaba todavía oculto tras la línea del horizonte. La ciudad descansaba y en el palacio la rutina no se había alterado en absoluto. Los atenienses habían sido librados a la voracidad del Minotauro y el rey sentía mitigado su dolor por la muerte de Andrógeo.



Teseo contemplaba los estertores del monstruo, las convulsiones que se habían apoderado de su cuerpo.

Por fortuna para los planes de Ariadna, el sacrificio de las víctimas no exigía testigos. Minos había decretado que la muerte de su hijo exigía justicia, pero nada más, pues era consciente de que en aquel sacrificio había algo de salvaje e inhumano que contradecía su imagen de hombre justo.

Una vez que los atenienses fueron introducidos en el laberinto, dos guardias se turnaron para comprobar que nadie volvía a salir desde el interior de la morada de la fiera. Como siempre, el día pasó y, al llegar la noche, todo pareció haber concluido. Poco antes del alba, Ariadna se encontró con dos guardias completamente dormidos, vencidos por el aburrimiento y la monotonía.

Nadie reparó en un grupo de ágiles sombras que se deslizaban aprovechando la bruma del amanecer. Llegaron al barrio de los artesanos y se introdujeron en la maraña de callejuelas en dirección al norte. El grupo avanzaba sin titubeos, conducido por alguien que conocía bien los entresijos de aquella zona adosada a los edificios principales del palacio de Minos. Todos iban vestidos a la manera cretense, con ropas ligeras, y solo quien los guiaba llevaba cubierta la cabeza con una tela suave que flameaba con la brisa nacida en la cercana costa.

Salieron del recinto del palacio por una puerta secundaria, cuyos goznes estaban recubiertos por la vegetación. Hacía años que nadie pasaba por aquel lugar casi olvidado y la acumulación de arbustos, espinos y ramas secas facilitó la huida. Al pisar el sendero, apenas una trocha, el guía se descubrió la cabeza, miró hacia atrás y tomó la mano de Teseo. Sus ojos miraron al joven ateniense con una expresión de tristeza, sus dedos se entrelazaron y todo su cuerpo pareció apoyarse

en esa mano, a la que asía con fuerza, de la que tiraba por el camino descendente.

Mientras avanzaban, Teseo pensó que le debía la vida a esa muchacha decidida que había sido capaz de enfrentarse a todo para ayudarlo. Sintió un nudo en el estómago cuando comprendió que, tras aquella noche, ella no podría quedarse ya en el territorio del reino de su padre, y tuvo la convicción de que Ariadna no actuaba de ese modo movida solo por el deseo de ayudarlo y de liberar a sus padres de la pesadilla del Minotauro.

El joven ateniense sentía bullir un torbellino en el interior de su cabeza: sabía que había llevado a cabo una hazaña extraordinaria, memorable, pero era consciente de que no lo había hecho solo. Esa idea se clavó en su pensamiento, y le hizo preguntarse qué precio tendría que pagar por la ayuda de Ariadna.

—El puerto está cerca.

La voz de la muchacha lo hizo volver a la realidad. Viendo los muelles delante, Teseo separó su mano y, acelerando el paso, se puso al frente del grupo. Ariadna lo siguió sin decir nada. Mientras, la aurora comenzaba a acariciar con sus dedos rosados la tierra de Creta. El puerto amanecía tranquilo, solitario, apenas algunos guardias semidormidos vigilaban desde sus puestos mientras otros deambulaban como fantasmas, deseando ser relevados de su turno. El grupo se deslizó a través de los almacenes hacia el muelle de atraque de la nave ateniense y Teseo vio de inmediato la gran vela negra recogida en la verga del palo; su corazón se sobresaltó. A un gesto suyo todos detuvieron su paso.

—Ahí está nuestra nave, pero todavía estamos en tierra enemiga. Debemos impedir que nos persigan —susu-

rró—. Ahora os necesito a todos: mientras unos armáis la nave, otros inutilizaremos los barcos cretenses más veloces.

Todos obedecieron a Teseo con presteza. Mientras unos subían a bordo y lo preparaban para zarpar, otros nadaron sigilosamente con él entre las naves inutilizando los timones y haciéndolas ingobernables.

Ariadna observaba, llena de sensaciones contradictorias. Veía los barcos de carga, panzudos y pesados, quietos sobre las aguas como pájaros enormes incapaces de volar; al lado, los barcos de guerra le parecían halcones, finos, largos, preparados para escindir sin esfuerzo la superficie del agua; más allá, los muelles, que empezaban a cobrar vida, el valle sobre el que se asentaba el palacio de su padre. Todo su mundo, sus recuerdos, su vida.

Observaba a Teseo dando órdenes y a los demás atenienses obedeciendo con presteza. A su lado, las muchachas aguardaban con calma, apretadas unas contra otras y mirándola de reojo, sin comprender bien el motivo de su presencia. Se sintió incómoda, sola, frágil y, por primera vez en su vida, el futuro la aterrorizó.

Teseo y sus compañeros salieron del agua y se dirigieron de inmediato al lugar en que estaban las mujeres.

—A la nave —ordenó con sigilo.

Llegaron a pie de la cubierta en el momento en que la vela comenzaba a desplegarse. Saltaron hacia el interior del barco y se dispusieron a soltar las amarras. Entonces Teseo reparó en Ariadna, inmóvil en el muelle.

—Tienes mi agradecimiento eterno —le dijo, pretendiendo llenar de calidez aquellas frías palabras.

Ariadna notó que un cuchillo helado se clavaba en su corazón y sus ojos se anegaron de lágrimas. Quieta sobre el muelle, con la brisa rozando su cuerpo y meciendo sus cabellos, creyó que la vida abandonaba sus miembros. Fue solo un instante, pero un frío sudor brotó de sus sienes, y su espalda y su lengua se quebraron y el corazón se desmayó en su pecho. Sus ojos miraban sin ver, le zumbaban los oídos, y su piel adquirió repentinamente la palidez de la nieve.

Teseo la contemplaba con el corazón encogido; la veía temblar, sola, desvalida, perdida en un mundo al que ya no pertenecía, y sintió que le debía algo más que una vacía frase de agradecimiento.

—¿Qué quieres, Ariadna? —preguntó con infinita ternura.

—Llévame contigo.

Una brisa suave llegaba desde la tierra. El cabello y el rostro de la hija de Minos recibían de lleno el abrazo de aquel viento que, cada amanecer, acudía fiel a su cita con el mar. Entonces el silencio se rompió: los gritos de Teseo dando órdenes a la tripulación para salir del muelle se mezclaron con las voces de quienes veían asombrados que la nave de Atenas soltaba las amarras y empezaba a moverse impulsada por una vela negra, extraña, presagio de malos sucesos.

◦◦◦

Una nube oscura y fría se cernía sobre Naxos. La brisa, suave y constante, fue convirtiéndose en viento y roló hacia el norte llenando el mar de espuma blanca y el cielo de un gris extraño, lóbrego, como si la isla estuviera envuelta por una tela sucia. Ariadna estaba sola; dormía tranquila debajo de un olivo viejo, al abrigo de sus ramas.

Desde que habían zarpado de Creta, el viento del sur había soplado con constancia llevando la nave en sus brazos. A lo largo de toda la travesía se había sentido sumergida en un pozo de sentimientos encontrados, una mezcla de amores incompatibles: contemplaba a Teseo y sentía un deseo irrefrenable de abrazarlo, de abrigarse entre sus brazos; al mismo tiempo, observaba el mar como un abismo que la separaba de su patria, de su familia, de su mundo. Con todo, sentía que su decisión era la única posible, pues era el amor lo que la impulsaba, la única fuerza mayor que la de la sangre.

Pasaba horas observando a Teseo. Este, acodado sobre la borda, contemplaba las señales del viento sobre la superficie del mar, oteaba el horizonte, rogando a los dioses para que el cálido viento del sur no cambiase de rumbo y el barco pudiera seguir navegando sin contratiempos. Comprendía la responsabilidad del héroe ateniense, su obsesión por evitar que las naves cretenses los alcanzaran, pero se sabía excluida, como si se hubiera convertido en una presencia incómoda, amarga, con la que Teseo no sabía qué hacer.

Había intentado acercarse a él, sentir el roce de su cuerpo, el calor de sus manos, pero había resultado inútil: siempre alguna excusa, siempre alguna prevención. Se había pasado la noche en cubierta imaginando que el abrazo de su amado la abrigaba del viento, y solo había conseguido confundir sus lágrimas con las gotas de los rociones de las olas. Estaba completamente sola, abandonada a una suerte incierta por el hombre al que amaba, al que había salvado la vida y devuelto la esperanza.

El sol estaba en la cima del cielo cuando el vigía dio el grito de haber avistado tierra. Una pequeña conmoción sacudió la cubierta: todos corrieron hacia la línea de la borda,

entornaron los ojos, hicieron de sus manos viseras con las que escudriñar mejor el horizonte a proa del navío, donde una línea de costa se dibujaba. Entre la bruma del mediodía un fleco verde quebraba el gran azul a medida que iba apareciendo la silueta de la isla de Naxos.

—¡Proa a tierra! ¡Carguemos el barco de agua dulce antes de continuar nuestra travesía! —gritó Teseo.

Todos se alegraron, lo rodearon, se abrazaron unos a otros, sintiéndose más cerca de casa. Ajena al alborozo, Ariadna hubiera dado la vida por formar parte de ese grupo de atenienses que, solo por serlo, podían acercarse, hablar, abrazar a su amado.

La nave fondeó en una ensenada tranquila, protegida, rodeada de olivos cuyos troncos parecían tocar el mar. Ariadna contempló el paisaje suave, el verdor profundo que rodeaba la ensenada, y sintió deseos de pisar tierra para poder encontrar un momento de paz que le permitiera acercarse a Teseo.

Al fin, todos bajaron a tierra cargando con odres vacíos. Teseo dio orden de buscar un manantial donde llenarlos, un cauce fresco donde pudiesen también aliviar la suciedad y el cansancio de sus cuerpos con un baño reparador. Subieron una ladera por la que serpenteaban docenas de senderos labrados por las idas y venidas de las cabras, mientras el barco se iba haciendo pequeño. Ariadna contemplaba el fondeadero y creía ver en él el lugar de ensueño donde se quedaría para siempre, lejos de Creta, lejos de Atenas, solos, Teseo y ella.

En un recodo del sendero la vegetación se espesaba, la humedad parecía envolverlo todo con un manto de musgo húmedo. El rumor de un arroyo llegó hasta ellos, que, alborozados, alargaron el paso, corrieron, tropezaron, gritaron de júbilo cuando vieron la cascada que se deslizaba por la tierra

para morir en un estanque cristalino. Se metieron en el agua y bebieron mientras nadaban, dejando que el agua besara sus cuerpos abrasados por la sal del mar.

Ariadna permanece en la orilla, una forzada sonrisa en su rostro, la mirada fija en Teseo que, como ella, no se ha metido en el estanque. Él la mira; ella aparenta no percibir su mirada, se aleja poco a poco, implorando a los dioses que la siga, suspirando por poder estar un momento solos. Camina siguiendo el curso del agua que, como ella, fluye hacia un lugar desconocido, no vuelve la cabeza, no mira hacia atrás, sabe que Teseo tiene los ojos clavados en su espalda. Entonces deja caer la parte alta de su vestido y recibe la caricia de la brisa en su costado.

Teseo siente una inmensa ternura, una gratitud infinita por esa muchacha de apariencia desvalida, pero de una determinación dura y fría como la piedra. La ve andar despacio, contempla su espalda, el surco que la recorre desde el cuello hasta la cintura, las dos pequeñas depresiones a cada lado de la columna vertebral, la hendidura que parece adivinarse justo encima de la cinturilla del vestido como una frontera suave, una línea dulce entre dos mundos ocultos. Ve a los demás distraídos, retozando en el agua, gritando de alegría como niños en una fuente Comienza a andar, algo irresistible lo impulsa y se deja llevar.

Ariadna sabe que él camina detrás de ella; sigue avanzando, dejando que Teseo la observe desde atrás, la examine, la contemple no como su salvadora, sino como una mujer. Delante de ella el cauce del arroyo se ensancha, la ribera se hace más llana y la fuerza de la corriente se aplaca; la hierba, como un lecho, tapiza la orilla. Ella se dirige hacia el agua y, mientras camina, desabrocha el cinturón que sujeta su vestido; la tela desciende, se detiene en la curva de sus caderas un momento hasta que ella la empuja con suavidad, la desliza hacia abajo a la vez que arquea su cuerpo, echa suavemente su cabeza hacia atrás y deja que el hermoso cabello cubra su espalda mientras el vestido cae al suelo como una lluvia fina que, lánguida, besa la tierra.

Teseo la contempla desnuda. Ve cómo sus pies se deslizan sobre la hierba, examina su espalda, el movimiento de todo su cuerpo meciéndose al ritmo de sus pasos. Se acerca atrapado por el deseo, se siente apresado por aquel cuerpo de diosa y su mente se nubla; solo desea poseerla, acariciar sus muslos, sentir los labios de la muchacha recorriendo su piel, abandonarse al inexplicable goce de notar que su cuerpo no lo gobierna él, sino las manos, los labios, la lengua de Ariadna.

Ella no llega a la orilla. Las manos de Teseo se aferran a su cintura, la obligan a caer al suelo y, sobre la hierba, doblegada por su amor incontenible, deja que aquel hombre la penetre con furia mientras su corazón intenta, desesperadamente, penetrar en el recóndito lugar donde se esconde el alma del héroe.

—Te amo, Teseo —musita despacio.

No hay respuesta. El frío silencio hiela sus miembros.

◇◇◇

Un escalofrío la despertó horas más tarde. Abrió los ojos y se incorporó. Era de día, pero la luz había desaparecido casi por completo. El cielo estaba cubierto por nubes oscuras, que cernían un manto tenebroso sobre la isla de Naxos. Las imágenes acudieron a su mente: el cauce del río, ella besando sus labios, él mordiendo los suyos, el placer, la angustia, la frialdad de su amado después de haber satisfecho su deseo

y, especialmente, la soledad, de nuevo la soledad al volver donde los demás estaban descansando.

Las imágenes bullían en su mente: Teseo había ordenado descansar, reponer fuerzas para proseguir la travesía hasta Atenas. Ella se había tumbado a la sombra de un olivo; él, lejos de ella, evitando su contacto, intentando ocultar a los demás lo que había ocurrido.

Entonces un escalofrío mayor recorre su cuerpo; se estremece, tiembla. A su alrededor no hay nadie, no hay rastro de los atenienses; no hay rastro de Teseo. Cierra los párpados, los abre de nuevo, intenta comprender, se levanta, corre desesperada ladera abajo, las lágrimas inundan sus ojos, recorren su rostro; resbala, cae al suelo, su cuerpo rueda por el sendero, se levanta, ve la playa, la ensenada, desiertas, en calma, el agua gris, helada. Pasa sus dedos por los párpados, se enjuga las lágrimas con la tela del vestido, dirige la mirada hacia el mar y, entonces, su corazón se desboca, las piernas se cimbran, el aire se niega a entrar en su pecho: en el horizonte hay un barco; navega raudo rumbo al norte.

Una vela negra, como la nube que cubre la isla de Naxos, lo impulsa.

∞

La nave ateniense había puesto ya rumbo al noroeste y navegaba entre islas hacia al cabo Sunion. Sobre la cubierta se hallaba un hombre ensimismado; contemplaba el mar, leía los mensajes del viento, pero su pensamiento estaba muy lejos de las tareas de marear. Entre los bucles del agua veía el rostro de Ariadna, recordaba las sinuosas ondas de su cuerpo, el incontenible deseo que había sentido por ella, la infinita



Teseo, con Ariadna a su lado, se levantó impulsado por una fuerza irresistible.

gratitud que le debía. Y a pesar de todo, la había dejado allí, dormida, impulsado por una fuerza irresistible, la había abandonado.

Intentaba comprender lo que había hecho mientras percibía el recelo de sus compañeros, incapaces de interpretar su actuación. En realidad, nunca les había dicho la verdad, nunca les había explicado que todos le debían la vida a esa muchacha abandonada, indefensa, inerme. La imagen de Ariadna golpeaba su memoria como la maza de un guerrero el escudo de su enemigo.

Llevaba días absorto. Mientras la nave arrumbaba hacia el cabo le asaltó repentinamente el fogonazo de un sueño ya vivido. Se esforzó por fijar ese recuerdo, convencido de que en él podían encontrarse algunas de las respuestas que buscaba. Entonces su mente volvió a Naxos, al momento en que todos descansaban antes de retomar el viaje. Hacía solo unos instantes que había yacido con Ariadna junto a las orillas del estanque.

El recuerdo lo desgarró por dentro. Cerró los ojos luchando por extirpar de su retina el cuerpo de la muchacha y se esforzó por concentrarse en las imágenes del sueño. Eran chispazos inconexos, fugaces destellos que pugnaban por huir apenas se mostraban, escurriéndose de su conciencia como peces de plata entre las manos.

Entre destello y destello, comprendió que, desde la partida de Naxos, no había hecho otra cosa que intentar encontrar una razón que justificara su comportamiento inicuo, y, en el momento en que parecía haber aligerado la carga de su culpa, los flecos de aquel sueño se habían filtrado en sus recuerdos.

En realidad, el amor de Ariadna hacia él lo había cambiado todo, y se reprochaba no haberlo reconocido antes. ¿Cómo po-

día haber imaginado otro motivo que justificara la conducta de la muchacha que no fuera el amor? ¿Qué podría haberla impulsado a dejar atrás toda su vida sino el amor? Y, sobre todo, ¿cómo había podido siquiera imaginar que una mujer como ella le permitiera poseer su cuerpo salvo por amor?

Teseo apretaba los dientes, tensaba la mandíbula e intentaba tranquilizar su ánimo aferrándose a razones que vagamente lo exculpaban. Se esforzaba por creer que había actuado no como un hombre común, sino como el hijo de un rey, el heredero del trono de Atenas. Entonces su corazón se enfriaba y las garras de la culpa parecían atenuar su terrible zarpazo: Ariadna hubiera sido una presencia molesta, un velo que habría cubierto parte de su heroico y luminoso presente, un obstáculo en sus planes como futuro rey. Ella no era ateniense, formaba parte del mundo de los enemigos y, al cabo, era una desertora capaz de traicionar a su rey, a su padre, a su patria, a su familia... Cuando Teseo razonaba de esta manera, no podía imaginar siquiera un futuro ligado a una mujer capaz de tales actos e, incluso, creía que había actuado como debía hacerlo un rey, pensando en el beneficio de su reino sin caer en la debilidad sentimental propia de los hombres comunes.

Pero la tranquilidad no duraba mucho. A su mente acudía de nuevo la figura de Ariadna dormida en Naxos, abandonada incluso antes de que el barco zarpara de la isla. La imaginaba sola, indefensa ante el ataque de los hombres y las fieras, perdida, lejos de todo y de todos. Sabía que aquella mujer que le había salvado la vida y entregado su cuerpo sin reservas habría de formar parte de sus pesadillas hasta el momento de la muerte.

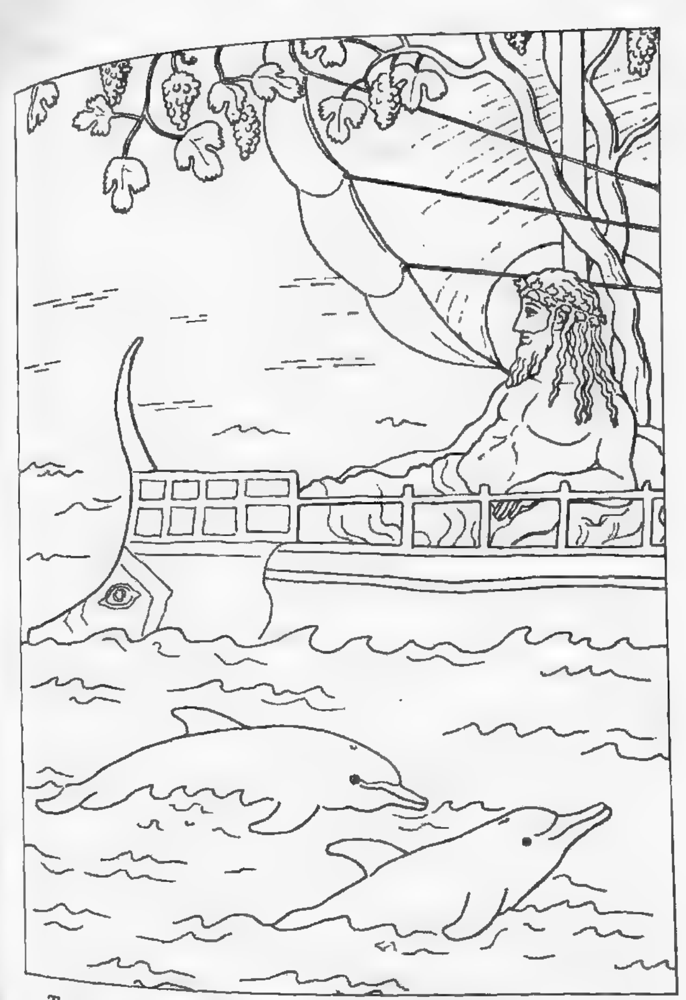
La imagen de Ariadna dormida bajo el olivo avivó las imágenes de su sueño. Poco a poco, la luz se fue haciendo en su memoria iluminando el rincón de sus recuerdos con la calidez de un amanecer, y se contempló a sí mismo levantándose del suelo.

Ve a Ariadna durmiendo a su lado. Se levanta y percibe una presencia cerca de él. No siente miedo, no se pone en guardia. Con un gesto amable, Atenea, la diosa de su ciudad, su protectora, lo invita a alejarse. Las palabras de la diosa lo envuelven dulcemente:

—Deja dormir a la muchacha, Teseo. Su destino y el tuyo ya no volverán a cruzarse, pues ha de ser consorte de un dios.

Teseo obedece. Ariadna queda atrás. Entonces ve una nave de hermosa vela blanca. A su alrededor los delfines parecen jugar con el casco, saltan hacia el cielo. Es una nave extraña que navega sobre aguas del color del vino; sobre ella aparece tumbado Dioniso, hijo de Zeus, arribando a la isla. De la cubierta surge el tronco de una vid cuyos racimos se despliegan como nubes, las hojas relucen como estrellas, y el dios, coronado de hiedra, fija su mirada en el horizonte, como si atisbara a proa el final de su viaje.

Entonces la visión se hace más clara, la luz lo inunda todo: Teseo ve a Dioniso tomando de la mano a Ariadna. La ayuda a levantarse, la consuela con gestos suaves y la conduce con ternura hacia la playa. Ambos embarcan y la nave se pierde en el horizonte; los delfines danzan a su alrededor, la brisa hincha su hermosa vela blanca y Teseo comprende que el destino de Ariadna ha de cumplirse lejos del penoso territorio en que se consume la vida de los mortales.



Teseo vio una hermosa vela blanca, una nave sobre aguas del color del vino.

En ese momento el sueño se desvaneció, pero el rostro de Teseo se llenó de luz, miró al mar y notó la brisa envolviendo su rostro. Vio el cabo, cuyos riscos ya se perfilaban claramente, y, de pronto se sintió ya en casa. Su cuerpo recuperó el vigor. Olisqueó el viento, oyó el quejido de la jarcia, percibió el cabeceo de la nave rompiendo las suaves crestas de agua y tuvo el convencimiento de que el recuerdo de ese sueño lo había despertado de una pesadilla, y la culpa se desvaneció.

Concentró toda su atención en el trapo de la vela, ordenó que aflojasen la escota de una de las bandas para que embolsara más viento y, entonces, su corazón se detuvo un instante: pequeños puntos de luz blanca, como luciérnagas en el cielo de la noche, penetraron en su mente mientras se sentía desfallecer. La vela cargada de viento, henchida como un animal preñado, era de color negro.

Desde lo alto del cabo, el viejo Egeo observaba el barco que navegaba a toda vela, dejando a su popa una estela blanca que contrastaba con el color de la enorme vela negra. Las lágrimas inundaron sus ojos a la vez que comprendía la magnitud de su fracaso: había perdido a su hijo, no había conseguido liberar del vergonzante tributo a su ciudad. Se incorporó lentamente, temblando de miedo, vencido por el dolor, y antes de que nadie pudiera detenerlo, dio unos pasos tambaleantes hacia el abismo del acantilado y, con la mirada fija en la fatídica vela que anunciaba la muerte de su hijo, se lanzó al vacío deseando acabar con un dolor que ya no se sentía capaz de soportar.

Desde la cubierta del barco, Teseo, desesperado, da orden de cambiar la vela. Mientras todos se afanan por hacerlo, sus

ojos perciben un punto, una pequeña mota se desprende de la cima del cabo y, en un vuelo liviano, se precipita sobre el mar. Cree ver hilos de espuma en el momento que choca contra la superficie.

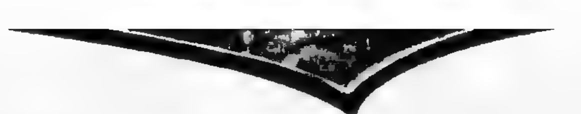
Cae de rodillas sobre la cubierta del barco. No ve nada, no siente nada, solo el vuelo de su padre, solo el rostro de Ariadna. Solo la desconsolada percepción de haberse convertido en un héroe.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

El mito del Minotauro evoca el recuerdo de una antigua civilización, la minoica, que dominó Creta y el Mediterráneo oriental mucho antes de la edad heroica griega cantada por poetas como Homero. Antiguos cultos al toro y relatos de construcciones fabulosas relacionadas con ritos iniciáticos conforman la base de esta leyenda, que ha inspirado numerosas obras a los artistas de todas las épocas.

En 1900, el arqueólogo británico Arthur Evans empezó a excavar en Creta un palacio que, a medida que se sucedían las campañas, resultaba más y más desconcertante. Por un lado, por sus colosales dimensiones: nada menos que 13.000 metros cuadrados; por otro, por su estructura: una laberíntica trama de cámaras, habitaciones, dependencias, talleres y almacenes apiñados en torno a un gran patio central. Se trataba de Cnosos, el palacio que la mitología atribuía al rey Minos, hijo de Zeus y Europa. Pero había más: los restos que fueron saliendo a la luz daban cuenta de una civilización muy sofisticada, que mantuvo contactos con Egipto y algunas zonas de Asia, y también bastante anterior a la de la edad heroica, la de los guerreros que participaron en la guerra de Troya. Si esta pudo tener lugar hacia 1250 a.C., la construcción cretense podía datarse en 1700 a.C.

A la hora de darle nombre a esa civilización, Evans no dudó, la bautizó como «minoica», en recuerdo de Minos. Y no solo por ser este un rey legendario de Creta, sino también porque la extraña



y desconcertante estructura de su palacio evocaba el laberinto en el que, según la leyenda, fue encerrado el Minotauro, ese aborto de la naturaleza nacido de los amores entre la reina Pasífae y un toro. ¿El famoso mito tenía, pues, una base real, histórica? El descubrimiento de pinturas murales con escenas de tauromaquia en el yacimiento, así como de esculturas que representan cabezas de toro, remitían a un culto a este animal del que el mito podía haberse hecho eco. Más aún: en muchas de las estancias de Cnosos aparece labrada un hacha de doble filo, un objeto ritual cretense que en griego recibe el nombre de *labrys*, del que deriva el término «laberinto».

EL DOMINIO DE LOS MARES

En el siglo V a.C., el llamado «padre de la Historia», Heródoto, escribió que Minos «había sometido muchas tierras y era afortunado en la guerra». Tres siglos más tarde, el mitógrafo Apolodoro se hizo eco de esa misma creencia en su *Biblioteca mitológica*, una obra que recoge y ordena los viejos mitos para uso y disfrute de estudiantes y lectores ya no tan familiarizados con estas historias de dioses y héroes. Sobre el legendario rey cretense se dice que «fue el primero en ostentar el dominio marítimo y extender su poder sobre casi todas las islas [griegas]». Teniendo todo esto en cuenta, el mito del Minotauro se ha interpretado habitualmente como el recuerdo de una antigua sumisión del Peloponeso a Creta, a la que habría puesto fin el esfuerzo de Teseo, el gran héroe nacional ático, matador de monstruos (igual que Hércules), y fundador de Atenas. Sin embargo, la arqueología no ha podido confirmar esta dominación. Sí se han documentado contactos comerciales entre Creta y la Grecia continental, pero nada

que hable de dominio. Más bien al contrario: en algún momento del siglo XV a.C., fueron los griegos del continente los que se hicieron con Creta y se instalaron en sus grandes palacios. La isla dejó así de ser minoica para convertirse en micénica, nombre derivado de la ciudad de Micenas y bajo el que se conoce la civilización de la Edad del Bronce. O lo que es lo mismo, a los protagonistas de la edad heroica helena.

Como otros mitos griegos, este es una síntesis de elementos de distintas procedencias. Evidentemente, hay un recuerdo en él de la civilización minoica, esa talasocracia sofisticada y refinada cuyas naves frecuentaban los puertos de todo el Mediterráneo oriental intercambiando mercancías y objetos de lujo. También de su religión, sobre todo del carácter sagrado que ostentaba el toro y que pudo mezclarse con el recuerdo de sacrificios humanos realizados por un oficiante con la cabeza cubierta por una máscara de ese animal, sacrificios de los cuales se han encontrado evidencias en el mismo Cnosos. De ahí la ofrenda de jóvenes y doncellas que se hacía al Minotauro, quien puede verse también como una encarnación de los dioses fenicios Baal, señor de la lluvia y de la guerra, y, sobre todo, Moloch, señor del fuego; ambos se representaban con cuerpo humano y cabeza de toro, y al segundo se le ofrecían sacrificios humanos.

Otros estudiosos aventuran la posibilidad de que el rey cretense se identificara con el toro y que la reina, en representación de una diosa, se uniera a él. De este modo, el amor contranatura de Pasífae hallaría su explicación en el contexto de un ritual sacro. Que algunos autores de la Antigüedad, como el geógrafo Pausanias en el siglo II d. C., relacionaran a la madre del Minotauro con la luna incide en esta vinculación sagrada. Y ella no es la única diosa de la familia: Ariadna, nombre que significa «extremadamente pura», parece esconder en realidad a la gran diosa cretense de la fertilidad, la «señora del laberinto», como se menciona en una inscripción

de una tablilla micénica. Los poetas griegos, entre ellos Homero, la humanizaron como hija de Minos y Pasífae, aunque más adelante volvió a ser divinizada y se le rindió culto en lugares como Amatunte, en Chipre. En cuanto a Minos, este rey pudo tener un origen histórico, aunque con posterioridad se mezclaron en él tradiciones opuestas, pues la habitual imagen de un monarca justo, bondadoso y sabio —que dio excelentes leyes a sus súbditos y que, tras su muerte, siguió impartiendo justicia en el mundo de los muertos, el Hades—, contrasta con la visión de tirano que transmite el mito del Minotauro. Lo más sorprendente, sin embargo, es el parecido de su nombre con el de otros reyes fundadores, como el primer faraón egipcio, Menes (o Narmer), o el indio Manu, quien no solo fue primer rey de la tierra, sino también el primer ser humano.

¿Y el laberinto? ¿Existió? Homero lo describe en la *Ilíada* como una pista de baile que «Dédalo diseñó en la amplia ciudad de Cnosos para Ariadna de hermosos rizos». El laberinto sería así una danza en la que jóvenes y doncellas entrelazan las manos y se entrecruzan mientras corren en círculo al son de la lira. En cambio, para Apolodoro, y para la tradición posterior, «el laberinto, construido por Dédalo, era un edificio que hacía equivocarse en la salida con sus intrincados pasadizos». El historiador del siglo I a. C. Diodoro Sículo fue más allá al afirmar que el laberinto fue construido según el modelo del monumento funerario del faraón egipcio Menes, un edificio en el que «una vez dentro, es imposible encontrar el camino de salida sin dificultad, a menos que se disponga de un guía que lo conozca». Ese laberinto no era otro que la necrópolis del faraón Amenemhat III, del siglo XIX a. C., situada en la región de El Fayum. Heródoto, que tuvo ocasión de visitarla, dijo que era lo más grande que había visto nunca, superior incluso a las pirámides.

Lo que resulta una evidencia, al menos por parte de la arqueología, es que Cnosos no fue el laberinto. Un palacio intrincado sí, pero no un laberinto. Este habría que interpretarlo más en un sentido simbólico, como un rito iniciático que abre el camino a ese dédalo enrevesado que es el mundo, la vida. Y eso es algo que supieron ver sabios medievales como san Isidoro de Sevilla, quien quiso encontrar la etimología de la palabra en las latinas *labor*, «trabajo», e *intus*, «interior»: el laberinto, así, no es sino la búsqueda de uno mismo.



Pintura mural de época minoica (h. 1500 a. C.) hallada en el ala este del palacio cretense de Cnosos. En ella se representa una escena de taurocatapsia o salto del toro, una prueba deportiva de carácter ritual con la que se celebraba a este animal sagrado.

EL DOLOR DE ARIADNA

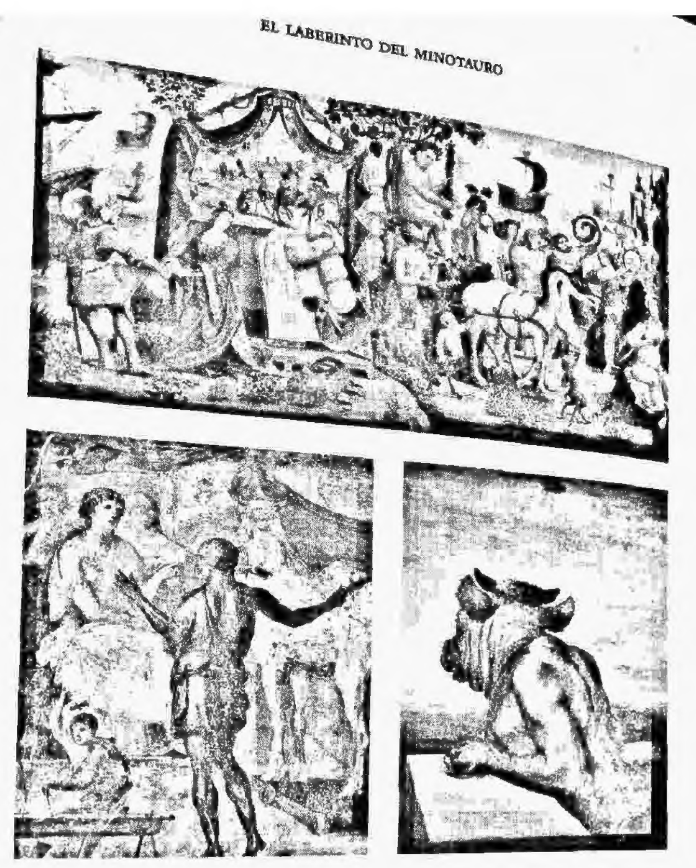
Desde la Antigüedad, el mito del Minotauro y el laberinto cretense ha sido recreado en todo tipo de obras de arte. En literatura, una de las aproximaciones más poéticas y originales es la que el poeta Ovidio (43 a. C.-17 d. C.) llevó a cabo en las *Heroidas*, una colección de cartas que las heroínas de la mitología clásica escriben a sus enamorados. En una de ellas, Ariadna reprocha con acentos tan expresivos a Teseo que la haya abandonado que este lamento inspiró

El Minotauro, de monstruo a hombre

Qué hay de verdad en los mitos griegos es algo que ya se preguntaron los mitógrafos de la Antigüedad. Uno de los más originales fue Evémero de Mesina, quien vivió a caballo de los siglos IV-III a. C., esto es, en plena época helenística. Según él, los dioses mitológicos no son sino antiguos reyes y héroes a los que la posteridad deificó y cuyos hechos reales se fueron diluyendo y revistiendo con ropajes fantásticos con el paso de los siglos. Aunque su obra *Inscripción sagrada* se ha perdido, su influencia fue tal que dio lugar a todo un movimiento «evemerista» que sometió a juicio los mitos más conocidos. El del Minotauro no fue una excepción. A la luz de esta aproximación «racionalista», Pasífae no se unió realmente a ningún toro, sino a un joven llamado Tauro, «Toro». El fruto de esa relación fue un niño que Minos no reconoció como suyo y que acabó recibiendo el nombre de Minotauro. Su hogar era una cueva, donde creció en estado salvaje y donde, para saciar su apetito, se le empezó a enviar tanto ganado como condenados a muerte que él mismo asesinaba. Y así fue hasta que uno de esos prisioneros, el ateniense Teseo, consiguió darle muerte. Otra versión, sin embargo, prefiere ver en Tauro a un príncipe bajo cuyo mando se hallaba el ejército cretense. Él fue quien recibía a los jóvenes que Atenas enviaba como tributo a Creta por la muerte del hijo de Minos, Andrógeo. No los inmolaba, pero se portaba de manera tan cruel e injuriosa con ellos que Teseo acabó acudiendo a la isla para vengar esa afrenta con sangre, cosa que hizo.

un buen número de obras plásticas y musicales desde el Renacimiento. Ya en la Edad Media, se encuentran referencias a este mito en la *Divina comedia* de Dante Alighieri (1265-1321). En el canto XII del Infierno, el Minotauro, «la infamia de Creta», aparece como guardián del lugar donde se hallan castigados los violentos contra el prójimo, pues la monstruosa criatura no es sino un símbolo de la parte bestial que todo hombre posee. Dando un salto al Barroco, en 1621 Lope de Vega (1562-1635) estrenó la comedia *El laberinto de Creta*, en la que la historia es tratada con bastante libertad con el fin de acercarla a un público poco entendido en materia mitológica y con unos criterios morales muy diferentes a los de la antigua Grecia, de ahí su final feliz propio de una comedia de capa y espada.

El siglo XX dio un nuevo y decidido impulso al mito. En el relato *La casa de Asterión*, Jorge Luis Borges (1899-1986) hace que sea el propio Minotauro quien describa su vida en «una casa como no hay otra en la faz de la tierra» y en la que «cualquier lugar es otro lugar» y todo está infinitas veces. Todo menos el Sol y él mismo, a la espera de que llegue su «redentor», aquel que lo liberará de su soledad. De ahí la frase con la que se cierra el relato, pronunciada por Teseo: «¿Lo creerás, Ariadna? El Minotauro apenas se defendió». En la obra de teatro de Marguerite Yourcenar (1903-1987) *¿Quién no posee su Minotauro?*, Teseo se enfrenta en realidad a sí mismo en lo que puede interpretarse como una búsqueda de la propia identidad. La perspectiva también cambia en *Minotauro, una balada*, de Friedrich Dürrenmatt (1921-1990), relato en el que el monstruo es un ser solitario e inocente, incapaz de discernir el bien del mal, lo real de lo ficticio, y que muere víctima del engaño de Teseo y Ariadna, sin saber la razón. El Minotauro se convierte así en el símbolo del individuo desorientado en un mundo que desconoce.



Tres aproximaciones muy diferentes al tema del Minotauro. En la parte superior, panel de La leyenda cretense, *del Maestro dei Cassoni Campana, del siglo XVI, que en una misma composición recrea la huida de Teseo con Ariadna, el abandono de esta en Naxos y su encuentro con Dioniso. Abajo, a la izquierda, pintura pompeyana que muestra a Dédalo presentando a Pasífae la vaca artificial. A la derecha,* El Minotauro, *óleo de George F. Watts, que pretende humanizar a la criatura.*

EL MITO EN LAS ARTES PLÁSTICAS

En el terreno de las artes plásticas, las representaciones inspiradas por los episodios del mito son incontables. En la Grecia clásica, las escenas que muestran a Teseo matando al Minotauro, a la bestia sola o a Ariadna abundan en vasos, cráteras, copas y, en general, en todo tipo de cerámicas, tanto de figuras negras (de estilo más arcaico, de los siglos VII y VI a.C.) como de figuras rojas (del siglo VI al III a.C.). Un *kílix* (una copa parecida a un cáliz para beber vino) de figuras rojas del siglo IV a.C., encontrado en la ciudad etrusca de Vulci, plantea un motivo diferente e insólito: el de Pasífae con su monstruoso hijo en el regazo. En escultura destaca un busto del Minotauro atribuido al escultor Mirón (siglo V a.C.) que originalmente formaba parte de un conjunto que incluía también a Teseo. También el mosaico prestó atención al mito, con representaciones de la muerte del Minotauro a manos de Teseo que sirven de excusa para que los artistas se recreen en el trazado del laberinto, como sucede en uno hallado en Pafos (Chipre). En los frescos de Pompeya y Herculano, además de escenas tradicionales como la de la lucha entre el héroe y el monstruo, o la del abandono de Ariadna, se encuentran otras que muestran el gusto romano por lo bizarro, como la que presenta a Dédalo entregando a Pasífae la vaca artificial con la que satisfacer su monstruoso deseo por el toro de Creta.

Ya a principios del siglo XVI, resulta muy interesante la recreación que de la leyenda cretense hizo un pintor activo en Florencia conocido como Maestro dei Cassoni Campana. Según un concepto muy medieval del espacio y la narración, sus cuatro paneles representan distintas escenas simultáneamente con tanta ingenuidad como atención al detalle. En el Barroco y el Neoclasicismo, la atención de los artistas se centró sobre todo en la figura de Ariadna,

su abandono en la isla de Naxos y su triunfo gracias a Dioniso o Baco. Destacan entonces pinturas como *El triunfo de Baco y Ariadna* de Annibale Carracci (1560-1609), *Baco y Ariadna* de Guido Reni (1575-1642), *El abandono de Ariadna* de Louis Le Nain (1601-1648) o *Ariadna abandonada por Teseo* de Angelika Kauffmann (1741-1807). Ya a finales del siglo xviii, el neoclásico Charles-Édouard Chaise (1759-1798) pintó *Teseo vencedor del Minotauro*, donde el héroe aparece con el Minotauro muerto a sus pies, motivo que se repite en la escultura *Teseo y el Minotauro*, de Antonio Canova (1757-1822).

A partir del Romanticismo y, sobre todo en el siglo xx, el interés de los artistas se desplazó al hijo de Pasífae. Una de las representaciones más insólitas es la debida a George F. Watts (1817-1904), quien en *El Minotauro* presentó al monstruo contemplando desde lo alto de la muralla del laberinto, quién sabe si con melancolía, la imposible libertad que se halla fuera de los muros, simbolizada en el pajarillo muerto bajo una de sus pezuñas. Otra muestra del interés que despertó esta criatura en las primeras décadas del siglo xx es la aparición, entre 1933 y 1939, de la revista *Minotaure*, una publicación de inspiración surrealista en la que participaron creadores de la talla de André Breton (1896-1966), Georges Bataille (1897-1962) o Salvador Dalí (1904-1989). Pero si hay un artista moderno que se haya sentido atraído por la figura del Minotauro, ese es Pablo Picasso (1881-1973), a quien se encargó la portada del primer número de dicha revista y quien, entre 1928 y 1958, lo abordó en múltiples ocasiones, como en la *Suite Vollard* y la serie *Minotauromaquia*, en unos casos conectado con la tradición taurina española, en otras como si de un *alter ego* se tratara, y siempre con una evidente carga erótica. Otro artista clave del siglo xx como fue Paul Klee (1879-1940), en cambio, hizo suyo el motivo del laberinto, convertido en un símbolo del hombre que se interroga a sí mismo.

DE ARIADNA AL MINOTAURO

Por su calidad expresiva, el episodio del abandono de Ariadna ha sido el predilecto de los compositores a la hora de abordar el mito del Minotauro. Es el caso de una de las primeras óperas de la historia, *Ariadna* de Claudio Monteverdi (1567-1643), de la que solo se ha conservado el lamento que entona la protagonista una vez descubre que Teseo la ha dejado sola en Naxos. Siglos después, la página mantiene intacta toda su fuerza dramática. Benedetto Marcello (1686-1739) en la ópera *Ariadna* y Franz Joseph Haydn (1732-1809) en la cantata *Ariadna en Naxos* han sido otros compositores que han abordado este tema.

También los operistas del siglo xx se han acercado a la desventurada hija de Minos. La más importante de estas aproximaciones quizá sea la *Ariadna en Naxos* de Richard Strauss (1864-1949), un ingenioso juego de teatro dentro del teatro, de *commedia dell'arte* e historia clásica. Más concisa, la *Ariadna* de Bohuslav Martinů (1890-1959) aporta una reinterpretación del mito a través de la poética surrealista, con un Teseo enfrentado a un Minotauro que podría ser él mismo. Con una música más comprometida con la modernidad, *El Minotauro*, de Harrison Birtwistle (1934), busca humanizar al monstruo, encontrar su verdadera identidad.

En lo que se refiere al cine, la aproximación al mito ha privilegiado todo aquello que tiene de fantástico y aventurero, aunque sea a costa de sacrificar su espíritu, como en *El monstruo de Creta* (1960), un péplum dirigido por Silvio Amadio (1926-1995). *La leyenda del Minotauro* (2006), de Jonathan English, que del mito solo recoge la idea de la ofrenda humana al hijo de Pasífae, e *Ira de titanes* (2012), de Jonathan Liebesman, en la que el Minotauro es uno más de los monstruos a los que ha de enfrentarse el héroe de turno, son otras dos películas que se han acercado al tema.

ÍNDICE